

LAS CAMPANAS DE UMRUND

Iona Doone
Leydhen de Halfheim

Uno

Asomó la cabeza y observó a la gente que charlaba animadamente en la calle. Desde el callejón podía ver como los habitantes de Urz lucían sus mejores galas, exhibiéndose a lo largo de la calle Mayor, que también lucía limpia y brillante para la ocasión. La fiesta duraría una semana y los festejos incluían recitales, fuegos nocturnos, degustaciones culinarias, bailes y competiciones deportivas. Durante aquellos días la ciudad era un hervidero de gente y, aunque los nobles seguían siendo inalcanzables, los comerciantes y demás gente pudiente se mezclaban con los más humildes, convirtiéndose en presas fáciles para unos dedos veloces.

Se ajustó el chaleco, disfrutando con el contacto suave del cuero nuevo, y luego colocó bien la capa sobre sus delgados hombros. Había robado casi todo lo que llevaba puesto, a excepción de las botas, antes de que lo descargaran del carro para meterlo en la tienda. Era importante no parecer un desarrapado porque, aunque la multitud era un escudo inmejorable, llamaría demasiado la atención al acercarse lo suficiente para hacer el trabajo. Tampoco podía ir de punta en blanco, un mocoso noble jamás pasearía solo entre la gente. Así que se encasquetó el gorro de lana para ocultar su pelo cortado a cuchillo, que le delataría inmediatamente, y salió del húmedo callejón con paso decidido.

Había tenido la precaución de elegir a su presa previamente, no era bueno vagabundear de acá para allá, no fuera que lo reconociera alguien. Su objetivo era el señor Mahon, respetable comerciante del lugar, alegre bebedor y habitual de los salones del castillo ducal. En aquellos momentos paseaba de puesto en puesto del brazo de su hermana y se habían detenido frente al tenderete de sedas orientales, admirando una de las muestras.

Vanya se acercó poco a poco, escuchando retazos de conversaciones hasta que la concentración eliminó cualquier tipo de distracción. Situándose lo bastante cerca para ser oído, empezó con la pantomima que se ganaría las simpatías de la hermana del comerciante.

- No sé... Su calidad es indudable pero ¿crees que el color me favorece?

Una voz infantil desvió de pronto la atención de Rhea Mahon de la respuesta de su hermano. A un par de metros escasos de ella, un chico de unos trece años preguntaba angustiado a cada viandante si habían visto a su hermano pequeño por allí. El corazón tierno de la señorita Mahon para con los niños era bien conocido en toda Urz, por lo que su reacción no extrañó a nadie y mucho menos a su hermano.

- Muchacho, ¿qué te ocurre?

El jovencito, de almendrados ojos grises y espesas pestañas, la miró con la desesperación pintada en su delgado rostro.

- Creo que he perdido a mi hermano pequeño. ¿Qué haré si le sucede algo malo? ¿Qué les diré a mis padres?

- Ven aquí pequeño, nosotros te ayudaremos- extendió una mano y abrazó al muchacho por los hombros, en un gesto lleno de consuelo- Seguro que él estará bien y lo encontraremos enseguida, ¿verdad hermano?

- Bueno Rhea... Será mejor dejar estos asuntos en manos de los soldados- dijo él, ligeramente molesto. Lo último que le apetecía en ese día de fiesta era buscar a un mocoso lloroso que probablemente estaría atontado delante de los titeres- Ellos pueden organizar mejor la búsqueda.

- ¡No!- exclamó el muchacho, agarrándose a los ricos ropajes del comerciante- A mi hermanito le aterrorizan los soldados. Por eso no he acudido a ellos yo mismo.

- Vamos hermano- Rhea miró al borde de las lágrimas a su ceñudo hermano- Algo podremos hacer por ellos.

Mahon masculló algo para su coleteo, maldiciéndose por estar metido en semejante embrollo. El chaval le había soltado y dado un paso atrás, con el rostro pálido y mojado por las lágrimas teñido de dignidad y estoicismo.

- No os preocupéis, señora- replicó Vanya, mirando con agradecimiento a la mujer- Ya le encontraré. Gracias por vuestra generosidad.

- ¡Eh tú!- exclamó una voz bronca y autoritaria antes de que Rhea pudiese responder que revolvería el mercado con él de la mano hasta encontrar a su hermanito perdido- ¿Qué demonios estás haciendo?

Vanya se giró y vio a un fornido y alto capitán de la guardia. Por desgracia, ya se conocían porque no hacía demasiado que le había pillado con las manos en la masa cerca de la muralla. Había sido demasiado ambicioso, intentando dar el golpe él sólo pero, a juzgar por el peso que tenía en el bolsillo, merecía la pena correr un poco. Se volvió con rapidez, asíó una de las telas que colgaban del puesto y tiró con fuerza, provocando la caída de los rollos de valiosas sedas al suelo, entre los gritos desesperados del dueño. Luego empezó a correr tan rápido como podía, dejando tras de sí un pequeño caos, mientras los soldados gritaban que se detuviese e intentaban avanzar entre la muchedumbre.

- ¡Maldita sea, Rhea!- Mahon, tras comprobar que su cinto era más liviano que minutos antes, miró furioso a su hermana- Hay que buscarte un marido. Quizás con niños propios les pierdas el gusto.

La joven no contestó, mirando hacia el pilluelo fugitivo con el rubor de la vergüenza tiñéndole las mejillas y una luz desconsolada en los ojos.

Vanya se escabulló entre la gente, deslizándose su cuerpo delgado por el laberinto de miembros y cuerpos que desbordaba la calle. De vez en cuando era conveniente pasar algo de hambre, porque no había un culo gordo y pesado que le retrasase, como le pasaba a la mayoría de los soldados del duque. Sin embargo, tenía que encontrar un buen escondite para la generosa ofrenda de Mahon. Si le pescaban con ella encima podrían colgarle, pero no estaba dispuesto a renunciar al botín así como así.

Entre el tumulto, le llamó la atención que a un lado se formaba un pequeño corro de gente, dejando de forma inverosímil un pequeño espacio libre. Tras una mirada por encima de su hombro, se arriesgó a echar una ojeada, puesto que los resollantes soldados no estaban a la vista.

- ¡Miradlo! ¡Ni siquiera pestañea!

En el centro del círculo, un hombre encorvado era el objeto de burla de un pequeño grupo de curiosos. Vanya distinguió una enmarañada mata de pelo oscuro y sucio y un cuerpo delgado y nervudo, envuelto en unos informes andrajos de color indeterminado por la suciedad. En aquellos momentos le tiraban mendrugos de pan y otros desperdicios, sobras del tentempié de mediodía, sin que diera señales de sentir los golpes.

- ¡Vienen los soldados!- gritó Vanya a pleno pulmón- ¡Vienen a por el ladrón!

La mitad de los presentes dio un respingo y emprendió una rápida y poca discreta huida, mientras la otra mitad se registraba frenéticamente los bolsillos y cintos. El pequeño espacio libre desapareció de repente, con la multitud zarandeando de un lado al otro al pobre loco al que martirizaban hacia sólo un instante. Vanya sacó la pesada bolsa de sus ropas y aprovechó para deslizarla entre las del hombre. Cuando alzó la cabeza, unos penetrantes ojos verdes se clavaron durante un instante en los suyos, pero luego perdieron expresión y se nublaron.

El chico saltó hacia atrás, sacudiéndose el escalofrío que había trepado por su espalda, y se dio la vuelta... para toparse directamente con el peto de cuero del capitán de la guardia. Una mano dura le aferró por el cogote y unos dientes manchados se asomaron entre el frondoso bigote cuando el hombre reparó en que su presa no podía desasirse.

- Bueno, mocososo... Parece que el día de fiesta va a traer más diversiones de las planeadas.

El maldito día de fiesta ciertamente le había proporcionado más entretenimientos al bastardo, pero no el que había esperado. El registro de sus ropas, entre sonoras maldiciones y blasfemias, no había arrojado mayores resultados que dos pedazos de cordel, un botón de hueso y una pequeña bolsa con calderilla, apenas suficiente para un bollo de pan. Había estado parado en medio del mugriento patio de la guarnición, sólo vestido con la ropa interior, apretando los labios mientras su magnífico chaleco nuevo y los pantalones eran desgarrados en busca de bolsillos camuflados. Cuando se hizo evidente que la bolsa de Mahon no estaba allí y que no habría ahorcamiento aquel día, la furia del capitán había sido tal que el muchacho lo contempló asombrado durante unos instantes, mientras su rostro tomaba un tono púrpura y las grandes venas del cuello se hinchaban y palpitaban. Finalmente se vociferaron unas órdenes, le ataron al poste y le azotaron hasta dejarle medio inconsciente.

Al menos había salvado la camisa y, mientras se la ponía con mucho cuidado sobre su espalda llena de verdugones, había mantenido una expresión de fría arrogancia en beneficio de su público. Los comentarios burlones de los soldados le habían acompañado al abandonar el castillo por una de las puertas del servicio, cubriéndose como mejor podía con la capa.

La vieja Magda le había limpiado la espalda y untado los golpes con una pasta apesetosa, que le impediría acercarse a nadie inadvertidamente, a cambio de unas monedas de cobre. El muchacho lo había aceptado con resignación. Estando tan dolorido no podría moverse con agilidad y los soldados estarían muy pendientes de sus movimientos. Además, en algún lugar de la ciudad, le estaba esperando la jugosa bolsa de Mahon y mientras buscaba al loco para recuperarla podría mantenerse apartado del mercado y del bastardo del capitán.

Se detuvo un momento al abrigo de un muro medio derruido para tomar aliento. Había preguntado por ahí, intentando saber quién era aquel pobre diablo pero nadie pudo decirle nada acerca de él. Sólo que de vez en cuando se dejaba ver en los alrededores del mercado, mendigando algún bocado, y que era totalmente inofensivo.

Había subido por las colinas hasta el antiguo cementerio. La búsqueda por la ciudad no había tenido ningún resultado y la noche se empezaba a insinuar por el horizonte cuando decidió sentarse sobre la decrepita estructura de un panteón. Echó una distraída mirada a las palabras labradas en la piedra. Una ilustre familia de mercaderes, que se había enriquecido lo suficiente siglos atrás como para procurarse algo más que un saco de arpillera para cubrir sus huesos. Pensó durante unos instantes si merecería la pena hurgar entre los restos en busca de algún broche o joya... pero tras tanto tiempo otros habrían tomado hacía mucho la misma decisión.

Apretó los labios en un gesto de frustración. No podía creerse que hubiera perdido la condenada bolsa. Había recorrido de arriba a abajo los callejones y asilos para pobres, mirado debajo de los puentes, preguntado discretamente (sólo necesitaba que sus colegas se sintieran intrigados por su repentino interés en un piojoso loco), hasta adentrarse en los restos de la antigua ciudad, llenos de piedras y rastros, un lugar por completo inhabitable. No había muchos más sitios donde mirar, a no ser que el pobre chalado pudiera desvanecerse en el aire.

Una piedrecilla desprendida cayó al suelo con un tenue repiqueteo, audible a pesar del viento que azotaba a perpetuidad la cima de la colina. El chaval dio un brinco, ahogando un gemido por el dolor que el brusco movimiento le produjo en la espalda, y se volvió con rapidez hacia el origen del ruido. Estaba regañándose por ser un estúpido asustadizo, después de todo con ese viento era normal que se cayeran cosas, cuando reparó en la sombra más oscura que se recortaba junto a una mohosa estatua de bronce.

Allí estaba el loco, acurrucado contra la base de la estatua, mirándole con tanta fijeza que el muchacho se sorprendió de no tener un agujero en la nuca. Durante un largo minuto se quedó inmóvil, apenas sin atreverse a respirar por miedo a imaginarlo o a asustarle y que se volviera a desvanecer cargado con la bolsa del comerciante. Después dio un cauto paso hacia él, sin dejar de mirarle con expresión afable. El hombre apenas se movió, girando a un lado la cabeza para verle mejor en un movimiento extrañamente parecido al de un ave.

- Hola- Vanya esbozó una sonrisa, extendiendo las manos frente a su cuerpo y mostrando las palmas desnudas- Te estaba buscando...

El loco no pareció haberle oído, volviendo a velar su mirada huidiza tras la cortina de pelo mugriento. El chaval se acercó un poco más y luego se llevó la mano lentamente al bolsillo de sus únicos pantalones intactos. Sacó de allí un bollo, un pequeño bollo que olía deliciosamente a mantequilla y que había considerado un elemento imprescindible para su recuperación. Notó complacido que el hombre volvía a mirarlo, con un brillo hambriento en los ojos.

- ¿Lo quieres?- preguntó con voz suave- Puedes cogerlo...

El hombre dudó durante un instante, luego alargó la mano. Vanya salvó la distancia entre ambos y le dio el bollo. Se acuclilló frente a él mientras comía, sin dejar de observarle con curiosidad. No parecía haberse cambiado de ropa, así que la bolsa de Mahon tendría que estar en algún pliegue de la mugrienta capa y camisa. Alzó la mirada y la clavó en sus manos. Estaban negras de suciedad, con las uñas rotas y maltratadas, pero los dedos eran finos y largos, manos delicadas aptas para tareas sutiles...

El loco hizo un movimiento brusco con los brazos. Vanya se echó hacia atrás precipitadamente, cayendo al suelo, con el corazón latiendo acelerado y las piernas temblorosas en respuesta a la amenaza. La mano que estaba extendida hacia él sostenía con delicadeza un pedazo de bollo, chorreando mantequilla.

- Para tí...

El crío se quedó boquiabierto, sin poder apartar los ojos del rostro ahora al descubierto del loco. Unos penetrantes ojos verdes le miraban desde unas órbitas hundidas, sombreadas por unas cejas espesas y rectas. La nariz aguileña le confería un aspecto austero, desmentido por la línea blanda de la boca, que sonreía abiertamente.

- Para tí- repitió, con esa voz oscura y sedosa que tanto había alterado al muchacho.

Vanya se sacudió el estupor junto con la tierra del fondillo de los pantalones. Así que el pobre tipo sabía hablar... y con una voz por la que el juez de Urz daría diez años de su vida. Volvió a acuclillarse, reprendiéndose por haber reaccionado así. Necesitaba ganarse la confianza del loco para poder recuperar su botín, y dar saltos no iba a ayudarle en absoluto.

- Gracias- tomó el pedazo grasiento de bollo y se lo llevó a la boca- Yo soy Vanya.

La mirada sorprendentemente clara el hombre se clavó en su rostro. Con horror y desconcierto, el muchacho descubrió que se ruborizaba.

- Vanya... ¿Vanya qué más?

- Pues sólo Vanya... ¿Y tú?

- Rhuda. Me llamo Rhuda.

Vanya se frotó la nariz con el dorso de la mano.

- ¿Rhuda qué más?- retrucó con una sonrisa.

Los ojos de Rhuda se velaron de pronto, mientras la expresión de su rostro se volvía blanda y lisa, como un estanque en reposo.

- Pues Rhuda el Loco, claro.

El muchacho se quedó en silencio, sin poder apartar la mirada de su rostro. Finalmente, se sentó junto a él, con la espalda apoyada en la piedra fría de la estatua. Tenía que coger la maldita bolsa, deslizar suavemente la mano a través de las capas de ropa hasta encontrar su botín, asegurado a la tela por un pequeño imperdible de los que siempre llevaba encima. Pero por alguna razón, no conseguía decidirse a hacerlo. Necesitaba más tiempo, ganarse su confianza para poder recuperarla sin alarmarle. Bastante trastornado estaba ya y con la corpulencia que tenía bien podría darle un buen susto.

El muchachito estaba sumido en un mar de dudas. Rhuda esbozó una sonrisa, apenas un atisbo, mientras sentía el desconcierto del crío. Había reconocido su rostro delgado e inteligente del mercado y podía sentir contra su pecho el peso de una bolsa de monedas. No necesitaba estar cuerdo para darse cuenta de que se había convertido en el correo involuntario del chaval.

Sin embargo, en el muchacho no había oscuridad. Había aparecido ante él con la impaciencia coloreándole el alma. Estaba ansioso por recuperar su botín pero, a pesar de la cautela con la que se había acercado, Rhuda intuía en él algo que se parecía a la compasión. No dejaba de ser curioso en un despierto y avisado raterillo.

Rhuda frotó sus pies rítmicamente contra el suelo, al parecer extasiado por el ruido de la gravilla. Vanya se miró las manos, frunciendo el ceño, sin acabar de entender su vacilación. ¡Si podía desnudar a un gordo mercader sin que este se percatase! Extendió una mano a través del espacio que les separaba, rozando con ligereza los pesados pliegues de la camisa, y ya se había abierto camino cuando un lejano pero claro tañido le sobresaltó. Dio un respingo y prácticamente aterrizó en el regazo de Rhuda.

-¡El Toque de Feérlish!- la voz le salió ahogada por la repentina alarma- ¡Mierda! Me había olvidado por completo...

Rhuda volvió la cabeza hacia la ciudad, sus barrios iluminados por el rojo violáceo del atardecer. La campana de Urz era una de las más grandes de todo Umrund. Forjada en plata y acero y cubierta por runas por los herreros enanos, seguía con su aviso, provocando en el corazón de las gentes una sensación de urgencia y peligro.

- Tenemos que irnos- Vanya se incorporó rápidamente, tironeando con impaciencia de la mano de Rhuda- Este sitio es feérlish... ¡Vamos, tenemos que salir de aquí!

El muchacho plantó los talones con firmeza en el suelo, intentando levantar al muy idiota del suelo. Había visto la columna con el símbolo a la entrada del cementerio pero no había esperado entretenerse durante tanto tiempo. Sólo un loco permanecería alegremente en un sitio calificado como feérlish.

Le miró exasperado cuando no consiguió moverle ni un ápice. Pese a su aspecto delgado debía aventajarle en unos treinta kilos de peso muerto... muy muerto en esos momentos. No podía dejarle allí abandonado a su suerte, eso no se le hacía a nadie, ni siquiera al gordo seboso del capitán... y mucho menos cuando todavía no había recuperado su botín.

- Oh, por favor Rhuda...- optó por un tono zalamero, sin dejar de pensar cuánto tiempo tardaría en manifestarse la energía oscura del feérlish- Mira, tengo un buen sitio donde dormir... y más pasteles, ¿no te apetecen?

Rhuda levantó el rostro y le miró durante un largo instante con fijeza. El verde de sus ojos estaba apagado como en una piedra desgastada por la acción del viento durante incontables eras. El muchacho maldijo sonoramente, preguntándose desesperado porqué su conciencia elegía precisamente ese momento para aparecer. Debería tomar su bolsa y salir corriendo y al infierno el resto. Precisamente al infierno... y fue

esa certeza la que le dio la suficiente fuerza para levantar a Rhuda del suelo y dejarlo plantado sobre sus largas piernas.

- Vamos...- le aferró la mano con la suya, fría por el miedo pero aún así sudorosa- ¡Venga! Te invitaré a cenar si vienes y tengo por ahí...

Las palabras se le atascaron en la garganta mientras un helado escalofrío le sacudía desde la nuca a los talones. Empezó a tomar aire con rápidas bocanadas, todos los nervios del cuerpo repentinamente alerta al captar la amenaza. Sin soltar la mano de Rhuda, volvió el rostro y gimió aterrado al distinguir en medio del aire quieto de la noche incipiente una fluctuante sombra oscura que se agitaba levemente en su dirección. Nunca había visto una pero sabía qué era aquello. Era la primera lección que se le enseñaba a un niño junto con la señal de feérlish, una puerta abierta a la dimensión demoníaca, la vía de entrada de aquellos engendros a Umrund.

- Oh, mierda...- gimió con voz estrangulada. Sus piernas parecían clavadas al suelo como barras de metal, pese al temblor de sus rodillas. Ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de echar a correr, todo lo que llenaba su mente era el miedo, como si una garra se hubiera introducido en sus pensamientos para exprimirlos y dejarlo a su merced.

Un seco empujón le sacó del trance horrorizado en que había caído. La sombra seguía acercándose, con su aterradora aura extendiéndose como hilachas agitadas por el viento, pero la mano de Rhuda se había desprendido de la suya y ahora estaba apoyada con firmeza en su hombro.

- Corre...

Vanya le miró aturdido. Las sombras cubrían el rostro de Rhuda pero sus ojos brillaban con ferocidad, clavados en la amenazante puerta. Se había erguido hasta mostrar toda su estatura y el porte de su cuerpo irradiaba seguridad y fuerza.

- Corre chico- otro empujón acompañado de la suave orden dada por su grave y templada voz, que parecía hacer retroceder el miedo hasta convertirlo en algo controlable y útil - ¡Corre, maldita sea!

El siguiente empujón lo arrojó contra la pared del panteón que se alzaba junto a ellos. El dolor de su espalda azotada pareció sacudirle finalmente el aturdimiento y permitió que el instinto de supervivencia aflorase a la superficie y tomara el mando.

Echó a correr entre las tumbas, permitiéndose apenas una mirada por encima del hombro, para ver a Rhuda enfrentándose sin la más mínima muestra de vacilación a la sombra, el rostro anguloso tenso en una expresión decidida. Cerró los ojos en una plegaria silenciosa de agradecimiento hacia aquel pobre loco y siguió corriendo, tropezando en la penumbra con las piedras desprendidas y las hierbas que infestaban las vías entre las sepulturas... hasta que pasó bajo la arcada decrepita que marcaba la entrada al cementerio.

Se dejó caer al suelo, jadeando como un caballo después de una larga carrera, con el sudor resbalando por su nuca y corriendo entre sus omoplatos, el cuerpo estremecido tanto por el esfuerzo por cubrir su necesidad de aire como por el terror vivido. Cuando consiguió recuperar el aliento, levantó la cabeza y miró el arco de piedra, con el ceño fruncido. Allí, cincelado hacía mucho tiempo, estaba la señal del feérlish, los caracteres sinuosos que se entrelazaban, los únicos signos mágicos que todo el mundo en Umrund reconocía. Permaneció durante minutos sentado en el suelo, con los labios apretados y una desagradable sensación de ahogo en la garganta, pensando en aquel chiflado e imaginando lo que podría haberle ocurrido... y sólo cuando el frío de la piedra consiguió penetrar en su mente se dio cuenta de que el demonio no había conseguido únicamente un alma, si no también la bolsa de monedas de Mahon.

Dos

Brightgate, la ciudad que comercia con secretos. Nada más lejos del propósito que había llevado a elfos y enanos a construirla hacia tantas generaciones que ya no quedaba ningún miembro vivo de aquellas razas que hubiese participado en su diseño. Lo que entregaron a los humanos fue el único lugar seguro del mundo puesto que allí la magia negra no tenía dominio.

La ciudad excavada en las entrañas de la Cordillera de Baphur se situaba debajo de la construcción más antigua de todo Umrund, el Faro de Philo. La historia decía que fue construida cinco mil años atrás, la leyenda que había sido el propio mago Philo el que la había levantado en el transcurso de una noche. Philo había sido el más poderoso de los hechiceros y sin embargo no había certeza de a qué raza había pertenecido. Al parecer estaba estudiando la manera de vencer al mal endémico de aquellas tierras, las hordas demoníacas, cuando súbitamente desapareció dejando la Torre cerrada para la eternidad pues ningún miembro de las Tres Naciones fue capaz de volver a abrirla. Lo más extraño fue que al cabo de poco tiempo se dieron cuenta de que la magia negra no tenía poder en más de cien kilómetros a la redonda. Por desgracia Philo había escogido uno de los parajes más abruptos e inhóspitos de Umrund para trabajar en calma y lo único que había en aquella zona era mar y rocas. La gigantesca Cordillera de Baphur se extendía kilómetros y kilómetros bordeando la costa y creando terroríficos acantilados. Su anchura era también considerable y no era lógico pensar que allí pudiese vivir nadie.

Sin embargo, elfos y enanos pensaron en construir una ciudad para los más débiles, los humanos. Allí podrían ser instruidos en calma para hacerse más resistentes a las artes demoníacas que invariablemente acababan por atraer a la mayoría de los hechiceros humanos. Esta debilidad junto al hecho de que su raza era la que poseía mayores aptitudes mágicas, los convertía en la peor amenaza para los suyos y también para las Razas Longevas.

Excavaron una ciudad bajo la protección del Faro y de unas fabulosas puertas de diamante y metales forjados, cuyo brillo era motivo de admiración en los días en los que el sol acariciaba su superficie rúnica, haciéndolas visibles desde mar abierto.

El arreglo funcionó durante algún tiempo, pero finalmente los humanos se rebelaron clamando su derecho por decidir su futuro y no ser esclavos de las decisiones de los otros dos Pueblos. Terminaron por expulsar a elfos y enanos de la ciudad y gobernarla por sí mismos. Sin embargo, aún no eran hábiles en el uso de la magia y cuando los primeros discípulos de los Longevos murieron, empezó el fin de la Academia de Magia.

En Brightgate el miembro más respetado de cada familia votaba a aquel que creía digno de dirigir la ciudad. Una vez que la elección estaba hecha, el Señor de Brightgate tenía carta blanca para gobernar por un período de cinco años. El primer Señor de la ciudad se sentía especialmente orgulloso de las habilidades guerreras de los clanes bajo su mando y así nació la Escuela de Guerra. Allí se formaron durante siglos las élites de los ejércitos humanos. Incluso cuando los hombres empezaron a pelear entre ellos, la Escuela siguió educándoles en el arte de la lucha. Los habitantes de la ciudad jamás tomaron partido por ningún reino humano pues únicamente se preocupaban de sus propios intereses. Tan singular y persistente neutralidad le dieron a Brightgate su verdadera ocupación: la mediación diplomática. Nadie admitiría que iba allí con semejante propósito y todo el proceso se desarrollaba con naturalidad y bajo la apariencia de una visita comercial al Señor de la ciudad. Él mediaba y les proporcionaba lo necesario a sus invitados para que llegasen a un buen entendimiento y a cambio la ciudad obtenía todo lo necesario e incluso bastantes lujos no soñados en muchos rincones de Umrund. Brightgate era el corazón de la política humana y guardaba los secretos más incómodos de todos sus dirigentes. No ocurría nada en territorio humano que Jubei Ikegami no conociese.

Los Ikegami gobernaban la ciudad desde hacía tres siglos y cuando ellos tomaron las riendas tras la muerte del último de los L'Anglad establecieron una ley por la que elfos y enanos eran tan bienvenidos como cualquier humano. Por supuesto aquello generó un gran revuelo entre las Tres Naciones. Los humanos se sentían incómodos por llevar a cabo tan delicadas maniobras diplomáticas en un lugar que pudiese estar frecuentado por los Longevos y éstos consideraron una burla semejante invitación. Sin embargo no podían ignorar lo que aquella oportunidad les ofrecía. En Brightgate no había ni una sola campana rúnica. No eran necesarias, pues allí nunca entraría la magia negra. Así, andando el tiempo sí se habían producido visitas por parte de magos elfos y humanos que se reunieron en lugar seguro para intercambiar valiosa información sobre el estado de cosas con respecto a los demonios. Los enanos siempre fueron especialmente reticentes a aquellas visitas, recordando vivamente cómo habían salido de la ciudad después de haberla excavado en la roca, y solían ser los elfos quienes mediaban en la transmisión de información.

Las visitas a Brightgate se planeaban con suficiente antelación y a través de un protocolo que recordaba a muchos lo poderosos que eran los Ikegami. Jubei era uno de los mejores Señores que Brightgate había tenido jamás, tan hábil en la diplomacia como en la guerra. Por desgracia, le había tocado vivir una época tormentosa y le era necesaria toda su pericia para sacar a los suyos adelante. Las visitas élficas nunca habían sido tan escasas y él sabía que aquello era malo: si enanos y elfos perdían toda esperanza en los humanos se quedarían solos ante los demonios. Sus congéneres no parecían entender esto, cosa que le irritaba sobremanera. Seguían inmersos en peleas tribales mientras la raza humana al completo mermaba indefensa ante el avance implacable del enemigo.

- ¿ Crees que aceptarán?- preguntó Tokubei a su padre.

- Tienen que hacerlo. Es necesario- respondió el Señor de la ciudad.

Le dio una palmada con fuerza en el hombro al muchacho y entró en una sala de altas puertas, el Salón de los Relojes, recias por la mano enana y bellamente talladas por dedos élficos.

Tokubei se quedó de pie unos instantes, mirando intensamente aquellas puertas como si el poder de su mente pudiese abrirlas y conseguir lo que su padre y él anhelaban. En la próxima reunión él podría estar presente pues los ánimos no estarían tan encendidos y los negociadores no serían tan susceptibles a los extraños. En aquel momento tan delicado sabía que su padre era el más adecuado para manejar la situación.

De pronto sintió unos dedos apoyados sobre su hombro. Ante lo inesperado de aquel contacto dio un respingo y se giró sobresaltado. Una suave risa resonó entre las columnas de ónice.

Frente a él una mujer de su misma altura, de piel y cabellos cortos tan blancos como el mármol, lo miraba con un brillo divertido en sus iris rosáceos. Tenía un rostro más bien anguloso que junto a su condición de albina le daba una cierta belleza inquietante. Su cuerpo era delgado y flexible pero fuerte y firme.

- Parece mentira que a estas alturas siga sorprendiéndote como cuando eras un chiquillo. Deberías afinar ese oído.

- Y tú podrías dejar de ponerme a prueba a cada momento- dijo molesto al ser pillado en falta de nuevo- Ya no soy un niño.

- ¿Y eso que tiene que ver?- dijo ella abrazándose a su brazo en gesto conciliador- Debes estar siempre preparado. Nunca se sabe lo que puede venirte encima- dijo con voz firme y mirándolo fijamente hasta que él desvió la mirada- Sólo tengo un hermano y espero que viva mucho tiempo.

- Pensé que creías este lugar invulnerable.

- Y lo es. Siempre lo será si nuestros guerreros observan la disciplina y anteponen el clan a todo. Papá puede creer en la posibilidad de arreglar lo de ahí afuera- dijo ella con un gesto que implicaba cierto desdén- pero lo cierto es que ha llegado la hora del cambio.

- ¿ A qué te refieres Orana?.

- Todo es cíclico Tokubei. Los Longevos y los humanos hemos caminado bajo el sol, libremente, durante siglos mientras ellos se tenían que limitar a aparecer por estrechos portales mágicos, vagando sin cuerpo y cazando a sus presas en medio de la oscuridad. Ahora la rueda gira y les toca a ellos gobernar entre las tinieblas y a nosotros escondernos, rogando sin esperanza no llamar su atención.

- Pero, ¿ te estás escuchando?.

- En el fondo sabes que tengo razón- dijo ella encogiéndose de hombros- Nadie conseguirá que las Tres Naciones se unan y sin unión, no habrá victoria.

- Es increíble que esté escuchando estas palabras de tus labios- dijo él con su voz suave, girándose para enfrentarse a ella- Tú eres una luchadora, eres de hecho la mejor de Brightgate. Llevas entrenándote para serlo toda tu vida y has estado siempre encima de mí para que yo me convirtiese en paladín de la ciudad. ¿ Cómo puedes decir que no hay salida?.

- Yo no he dicho que no la haya. Teniendo en cuenta como han progresado las plantas bajo la luz de los Orbes y que vivimos al lado del mar, es muy improbable que Brightgate caiga. No podremos vivir como ahora, pero saldremos adelante. Yo seré la última en abandonar la batalla pero no pienso morir por la unidad de la raza, porque eso no existe Tokubei- dijo agarrándolo por el hombro – Sólo importamos nosotros, la familia y la ciudad.

- ¿ De veras serías capaz de ignorar la desaparición de nuestra raza?.

Orana lo miró durante unos instantes. Su hermano ya no era el niño al que prácticamente había criado. Tenía diecinueve años y sus ideas sobre el mundo no podían ser más idealistas. No quería disgustarlo pero las cosas eran mucho más simples de lo que él creía, en parte por la actitud de su padre. Le fastidiaba la posición que Jubei había adoptado porque podía poner en peligro la ciudad y además conseguía enfrentarla no sólo a él, sino también a Tokubei. Le molestaba que su hermano la mirase con incredulidad y lo que parecía un asomo de decepción.

- No te preocupes hermano- dijo apoyando la mano en su hombro suavemente antes de mirar hacia las altas puertas del Salón de los Relojes- Te darás cuenta muy pronto de que por desgracia yo tengo razón.

Orana rompió el abrazo de su amante y salió sigilosamente de la cama, dirigiéndose hacia la ventana. La vegetación crecía en el jardín de la ciudad bajo la luz del Orbe. Observó las extrañas plantas, de diversas tonalidades que extendían sus hojas hacia la luz reciclada que nunca podría ofrecerles lo que el sol real daba a sus hermanas en el exterior. Jamás disfrutarían del calor intenso del verano o de la radiante luz, auténtica y abrumadora, de aquella estación. Pero ¿ era acaso tan importante?. Tampoco sufrirían la humedad fría y despiadada de los numerosos días de niebla, ni los efectos del salitre del mar, ni tampoco tendrían que enfrentarse a los herbívoros. Eran plantas únicas, creciendo en un ambiente extraño y artificial, bellas en su singularidad e irrepetibles fuera de las cavidades de Brightgate. Sus sentidos repasaron sus colores, texturas y las fragancias que creaban una atmósfera exótica y embriagadora.

La luz del Falso Orbe se reflejaba sobre su piel nacarada y sin embargo no la hacía similar a un hada o a una aparición delicada que se presentase en medio del sueño. Parecía más bien una estatua de mármol, dura y hermosa, a punto de salir de su sueño de piedra tocada por los dedos de un invisible Pigmalión. Inconscientemente volvió sus ojos hacia la luz y se maravilló como tantas veces antes de lo importante que era para ellos. El Orbe era una enorme esfera que ocupaba el centro de aquella inmensa cueva circular. Su superficie era mimética, de tal forma que, cuando durante el día, la cubierta que había en el exterior se retiraba para permitirle el acceso a los rayos del sol, era completamente invisible desde el

exterior. Los elfos lo habían dotado también con protección mágica para las horas de luz diurna, cuando era más vulnerable sin la cubierta. Así los rayos solares eran recogidos, filtrados y en parte acumulados para poder ofrecer luz y calor cuando el astro rey ya no estuviese en el firmamento. Otros Orbes más pequeños se repartían a lo largo y ancho de la ciudad tallada en la roca, proporcionando energía a cada rincón de Brightgate.

En la entrada al jardín se recortaban las sombras de cuatro figuras sigilosas. Una de ellas era la de su padre. Lo sabía por su manera atlética y ágil de caminar y porque era el único que no parecía afectado por el aroma de las flores, ni intimidado por la cercanía de tanta gente, ya que en torno al jardín, en la roca, se abrían innumerables cavidades que constituían los aposentos de los habitantes de la ciudad. Sus labios se estiraron en una sonrisa torcida. A veces su padre llevaba allí a sus “invitados” para cuchichear algún que otro secreto. El jardín era enorme, una especie de selva exuberante nacida de la roca desnuda. Era el único lugar de la ciudad donde todo sonido se apagaba. Ningún ruido producía extrañas reverberaciones en la pared como a veces sucedía en los largos corredores y donde algunas de las discusiones más delicadas eran sólo atestiguadas por pétalos de terciopelo, hojas de brillo singular o tallos espinosos.

Orana frunció levemente el ceño. Al parecer el Señor de la Ciudad seguía adelante con su plan de llevar la concordia entre el Reino de Pammeln y la Provincia de Riga, dos de los puntos más calientes en territorio humano. La guerra entre ambas tenía un motivo serio, la escasez de agua y se alimentaba de otros como venganzas por la sangre derramada en tan larga contienda. Según Jubei, estos últimos eran subsanables si se les daba una buena alternativa al problema real del agua. Orana lo creía improbable por la tozudez de ambos bandos y su insensibilidad ante el bienestar de sus pueblos. Claro que tampoco podía predicar soluciones cuando estaba segura de que, de ser ella la agraviada por la muerte de algún miembro de su familia e incluso, tal vez, de alguno de los habitantes bajo la protección de los Ikegami, no dejaría piedra sobre piedra ni descansaría hasta haber cercenado la garganta del último culpable.

Su padre no compartía sus métodos aunque distaba mucho de ser un pacifista. Jubei y ella siempre habían mantenido una relación tensa, empeorada por la muerte de su madre durante el parto de Tokubei. La única mediadora entre aquellas dos fuerzas había desaparecido con la última esperanza de que llegasen a llevarse bien alguna vez. Ambos eran muy inflexibles y rígidos en la disciplina que se imponían a sí mismos y a los que los rodeaban. Debido a este único punto en común, sólo se entendían en el campo de batalla y entrecruzando las katanas. Sin embargo Orana sintió verdadera devoción por su hermano desde el momento en que lo sostuvo entre sus brazos y decidió que Tokubei no se sentiría nunca solo y perdido dentro de su propia casa. Si su madre no estaba allí para darle el afecto que ella sí había recibido, se lo daría ella misma. Así, mientras Jubei conservó su inflexibilidad y mano dura con sus hijos, junto a un afecto siempre dentro de lo apropiado, Orana hizo una única excepción con su hermano. Con once años decidió convertirse en el guardián de Tokubei y así lo había hecho desde entonces.

- ¿Orana? - llamó una voz somnolienta desde la cama.

Hiro Izuka levantó la cabeza y vio a la mujer sentada en el alféizar de la ovalada ventana. Se incorporó y se acercó a ella. Miró su cuerpo desnudo destacando bajo la luz, entre las sombras y supo que algo la inquietaba. Tenía una postura forzada y el músculo de la mandíbula se agitaba de vez en cuando.

- ¿Qué ocurre? - susurró tratando de espabilarse y librarse del abrazo del sueño.

- Es ese tipo- dijo señalando con la cabeza hacia la entrada del jardín- No me gusta

nada.

- ¿Cuál? – preguntó él acercándose más a ella y tratando de distinguir a las cuatro personas que le señalaba.

- Ese individuo alto y fibroso. Se llama Sapir.

- Es de la delegación de Pammeln, ¿no?. ¿Cómo sabes ya su nombre? Llegaron hace seis horas, cuando estábamos entrenando. ¿Cuándo te los has encontrado?.

-Al salir de los Baños fui a buscar a mi hermano. Se empeñó en esperar a que la reunión en el Salón de los Relojes terminase y cuando salieron, mi padre nos presentó. Son tres: el primogénito del rey- dijo como si el muchacho fuese a heredar una carreta vieja o algo por el estilo-, su ayudante y el jefe de su guardia.

- ¿El tal Sapir?

- Exacto- respondió ella forzando la vista para escudriñar el rostro del hombre alto.

- ¿Qué ha pasado para que despierte tanta desconfianza en ti?

- No es nada en concreto. Es su manera de moverse, su mirada fría, la seguridad en su voz...

- Bueno, son buenas cualidades en un guardaespaldas. Además acompaña al primogénito del reino. Es lógico que envíen a alguien competente.

- Sí, muy lógico. Pero hubo un instante en el que su atención no se centraba para nada en el principito. Fue sólo un segundo, pero sé que es un profesional y uno bueno. Ningún guardaespaldas pierde la concentración si es bueno.

- Tal vez fuesen imaginaciones tuyas...

Hiro lamentó sus palabras en cuanto las acabó de pronunciar. Si Orana sabía hacer algo, aparte de derrotar a sus adversarios, era reconocerlos. Sus ojos rosados se posaron en él con frialdad. Sin embargo su azoramiento pareció divertirla y con una sonrisa sarcástica volvió de nuevo la mirada hacia abajo. Hiro era uno de los mejores luchadores de la guardia de la ciudad, rápido y fuerte. Orana no prestaba especial atención a ningún hombre durante mucho tiempo y si él estaba ahora en su lecho era probablemente porque ella valoraba la persistencia y Hiro había persistido mucho.

- Y si no vigilaba al príncipe, ¿a quién vigilaba?.

Orana calló durante unos instantes. Recordó aquel momento, la mirada de aquel hombre. Era una mirada que conocía bien porque ella la había empleado en muchas ocasiones, la del que analiza las posibilidades y debilidades de su contrario. Sólo que él lo hizo de un vistazo. Pasó por encima de su padre, se detuvo un poco en su hermano y...

- A mí. Me vigilaba a mí.

El rumor del agua era la canción de cuna de los elfos.

Las regiones que ocupaban comprendían amplias y espesas selvas de lujuriosa vegetación. Eran necesarias semanas de dura marcha a través de frondosos bosques para atravesar sus dominios, a no ser que se utilizasen los múltiples cauces de agua que regaban la región. Riachuelos, ríos turbulentos y canales tranquilos, lagos y lagunas... y el Gran Salto. La descomunal cascada que se arrojaba al vacío desde una altura de cincuenta metros, atronando con su rugido una amplia región de selva.

La capital de los Territorios Elfos se encontraba dentro del radio sonoro de la gran cascada, su vida diaria punteada por el susurro del agua salvaje. Era el primer sonido que escuchaban sus habitantes al despertar, el último al dormirse y el que acompañaba sus sueños. El permanente telón de fondo que arrojaba a las voces cálidas, las risas de los niños, el trajín de las armas y el tintineo de las campanas.

Zhangasar se escondía en el corazón de la selva. Sus serpenteantes calles eran alfombras de hierba, abrazando los troncos y raíces de los titánicos árboles que servían de viviendas. Aquellos enormes seres habían abierto sus entrañas a los elfos, que modelaron su madera con magia y herramientas hasta conseguir fastuosos habitáculos en el interior de los árboles vivos. Las puertas y las ventanas estaban camufladas con magia, de forma que nadie ajeno a la comunidad podía encontrarlas. Junto a los grandes árboles se alzaban aquí y allá edificios hechos de arcilla, sus gruesas paredes de adobe trabajadas con tallas y pinturas y cubiertas por enredaderas y otros tipos de vegetación. Los más antiguos de ellos eran ya parte del bosque mismo, totalmente integrados en la selva, con sus nidos de pájaros y otros pequeños animales buscando refugio en sus estructuras.

La vida en Zhangasar se hacía en las calles y en los claros que dejaban los grandes árboles al crecer, pequeños estanques de luz tamizada por las ramas cubiertas de hojas. Allí estaban los mercados, con los puestos de verduras y carne fresca recién abatida por los cazadores, allí jugaban los niños con sus cordeles, sus aros de hiedra y sus pequeños arcos, allí se hablaba y se discutía acerca del rumbo que había tomado la guerra contra los demonios.

En uno de esos claros, en uno abierto por la mano de los elfos, estaba la Kempereth, la escuela donde se preparaban los guerreros y los magos, el lugar en el que se formaban los Kemperen, la élite del ejército elfo, poderosos guerreros con grandes poderes mágicos. Eran los más capacitados para luchar contra los demonios y también los más vulnerables a ellos, presas codiciadas por los diablos.

El joven contempló el lugar con el ceño fruncido de preocupación. Había pasado muchos años allí, conocía cada uno de sus rincones y era capaz de distinguir la voz de cada árbol. A un lado, un grupo de novatos ejercitaba su puntería sobre unos blancos animados por la magia. Las sombras conjuradas se abalanzaban sobre ellos siguiendo un rumbo errático, mientras los jóvenes disparaban. Sólo si se acertaba el disparo en el centro mágico de la sombra ésta desaparecía, afectada por las runas grabadas sobre el metal y la madera. No era un mal ejercicio... aunque seguía siendo un pálido reflejo de lo que suponía un espíritu demoníaco intentando apoderarse de un anfitrión. Se llevó una mano al pecho en un gesto inconsciente, sabiendo que ni todo el entrenamiento del mundo podía asegurar la victoria en la lucha contra un demonio.

Más allá varios espadachines intercambiaban fintas y estocadas. El ágil fluir del acero iluminado por el sol, haciendo sesgos en el aire y entrechocando con una música aguda, le calentaba el alma. La disciplina del acero siempre le había resultado cómoda y reconfortante, extrañamente parecida al aprendizaje en la magia que había corrido paralelo. Pero no sabía si eso bastaría para salvarles, ni siquiera con la ayuda de los enanos.

Recordó las palabras de la vidente, mientras un nudo de hielo se apretaba en sus entrañas. Sabía que la unión era la única esperanza de supervivencia, pero también era consciente que los Longevos por sí solos poco podían hacer, había sabido eso mucho antes de que las palabras salieran de la hermosa boca de

ella, mientras sus ojos se velaban por las nieblas de la visión. Los humanos se les habían hecho tan necesarios como a los propios demonios... pero al contrario que a estos, les sería mucho más difícil conseguir su colaboración o convencer a su propio pueblo de lo necesario de esa alianza.

El prolongado clarín de los cuernos le sacó de sus reflexiones. El joven alzó la cabeza y dirigió la mirada a través de los árboles hasta el lugar de reunión. A su alrededor, los entrenamientos y lecciones habían llegado a su fin mientras, en medio de quedos murmullos, se recogían las armas y herramientas y se aseaban los cuerpos cansados y sudorosos. Los cuernos siguieron sonando, una y otra vez, llamando al pueblo a reunión.

Su nombre significaba “La que danza con las olas”. La primera vez que la vio, ella jugueteaba con el agua del río haciendo honor a su nombre, ornada por la blanca espuma, ágil y esbelta como una nutria, su cuerpo flexible y elegante como un junco que se mece en la corriente. La amó en ese mismo instante, recortada como estaba en la corriente de zafiro del N’Harua, y ese amor no se había extinguido en los años que siguieron, ni siquiera cuando la oscuridad veló su mundo y apagó el canto del agua.

El tiempo había hecho poca mella en su belleza. Aún bailaba en las aguas del río, sus miembros dibujando hechizos sobre las blancas aguas de los rápidos. Su rostro era igual de hermoso, quizás más delgado, los delicados huesos presionando contra la satinada piel. Pero los ojos, esos ojos del color de la canela que se convertían en estanques de plata, ahora reflejaban un conocimiento mayor, una madurez que la experiencia y la desazón habían impreso en ellos.

Silthar dirigió una última mirada a su esposa, envuelta en sus sedas, para examinar la Sala de Reuniones. El gran claro estaba lleno a rebosar, los asientos de la periferia ocupados por los Sildethar, los guerreros Kemperen en un extremo y el pueblo llano, los padres y esposas y los jóvenes y ancianos, esperando en el centro, sus voces semejantes al canto del lejano mar, una melodía acompañada por el rugido del Gran Salto. El colorido de las túnicas y faldas les hacían semejantes a una miríada de flores esparcidas al azar por un viento caprichoso, brillantes bajo la luz del sol que dejaban pasar los árboles.

Aquel había sido un trabajo de generaciones, loado a lo largo de los siglos por las canciones que se enseñaban a los pequeños desde la cuna. Una muestra de la amistad entre los Longevos, ambos pueblos arrebatando el amplio claro a la lujuriosa fecundidad de la selva. Era la única tierra pavimentada de todo el reino élfico, unos pulcros adoquines que se combinaban en su dibujo para representar el movimiento continuo del agua, un presente del pueblo enano a sus aliados y amigos. Ninguna hierba crecía entre sus junturas, como si la jungla renunciase a recuperar ese terreno. Y los árboles que cercaban ese espacio... La magia élfica y los cuidados de su gente habían conseguido que los árboles creciesen altos y esbeltos, entrecruzando sus troncos y ramas hasta configurar una celosía de bruñida madera, unas paredes vivas que no encerraban a nadie ni se cerraban a nada. Los Árboles Cantores, les llamaban, porque la perezosa brisa que recorría de tanto en tanto la selva arrancaba de ellos una canción tan dulce como la del agua viva.

Hacía tiempo que los árboles no cantaban o, si lo habían hecho, otras preocupaciones habían impedido que reparase en su canción. Silthar miró a su pueblo con las facciones marcadas por la preocupación. Corrían tiempos oscuros y parecía que el advenimiento de la Era de los Demonios estaba más cercano que nunca. En tales circunstancias casi podía perdonarse por no escuchar el canto de los árboles.

- Las aguas son blancas y salvajes- dijo, sabiendo que sería escuchado.

Los murmullos se apagaron y todos los ojos se dirigieron hacia él, algunas sombrías, otras desafiantes, pero en todas relucía el conocimiento de lo que no se puede ignorar ni negar. Los niños se agarraron a los ropajes de sus mayores, con las caritas veladas por la preocupación. Ni siquiera los más pequeños estaban libres de la maldición del conocimiento y Silthar se preguntó si en algún momento los niños habían nacido en Umrund sin ser marcados de inmediato con el temor de sus mayores.

- Las aguas son blancas y salvajes- repitió la fórmula ritual en medio del silencio de su audiencia- Sin embargo, los elfos somos hijos del agua, sabemos cómo tratarla y cuando rendirnos ante ella. Ninguno de nosotros teme a los rápidos ni a las cascadas. Nuestros enemigos son las aguas estancadas y oscuras, las ciénagas y pantanos, las profundas pozas que lo atraen todo a su interior y sólo sueltan las cáscaras vacías.

El distante rugido del Gran Salto llenó el aire cuando hizo una pausa, inclinándose por un momento la altiva cabeza.

- Nuestro mundo se está convirtiendo en una gran ciénaga. Eso todos lo sabemos, las campanas suenan cada vez con mayor frecuencia, en lugares donde hace unas décadas hubiera sido impensable. Los demonios avanzan, cada vez más profundamente, con mayor poder y parece que nada puede detenerles... ¿Qué vamos a hacer?

Una elfa joven se puso en pie desde su sillón de Sildethar, reclamando la palabra.

- La alianza con nuestros hermanos enanos debe seguir en pie y mantenerse firme. Sólo así podremos protegernos.

- Ellos tienen los mismos problemas- comentó uno de los Kemperen- Las huestes demoníacas han ganado en poder y son ahora demasiado numerosas para combatirles con eficacia.

- ¿Debemos rendirnos, pues?- preguntó la joven, enfatizando sus palabras con un enérgico movimiento de sus manos que hizo tintinear sus abalorios- ¿Esa es la respuesta que nos da la Kempereth?

Un murmullo de inquietud recorrió a la concurrencia, tanto por las inquietantes noticias como por la dureza deliberada de las palabras de la Sildethar.

- Bien sabéis, zrai Baleedur, que los Kemperen seremos los últimos en rendirnos en la lucha contra los demonios- respondió con suave voz el soldado- Simplemente os informaba de que las fuerzas de los Kemperen y los Kriegar unidos no serán suficientes.

- Habrá que tomar otros caminos entonces. El agua siempre termina rebasando hasta el dique más fuerte y nosotros no nos rendiremos ante la amenaza- Silthar alzó la voz, mientras la joven volvía a tomar asiento con los ojos relampagueantes- ¿Qué opciones tenemos para aumentar nuestras fuerzas?

- Los humanos- masculló un anciano de venerable edad desde el centro de la asamblea- Los humanos serán las armas de esta guerra.

La marea de voces superó al canto del Gran Salto, todos comentando a viva voz lo peligroso e inútil que podía ser confiar en aquellos arrogantes seres de corta vida.

- No tienen la suficiente voluntad para combatir a los diablos. Sólo conseguiríamos proporcionarles más anfitriones que poseer si los entrenamos- un murmullo de asentimiento acompañó a las palabras de la joven Baleedur- Atraen a esos parásitos como el agua clara a los ciervos.

- Los humanos no son los únicos susceptibles de ser poseídos.

Aquella voz pausada y tranquila acalló los susurros y los comentarios. El joven se puso en pie y se irguió, enfrentando con una mirada directa a la Sildethar.

- Deanthalmar...

- Nadie está libre de ser infectado por los demonios en Umrund- continuó el joven elfo con firmeza- Ni los Longevos ni los humanos. Eso lo sabemos todos.

La mujer enrojeció y luego asintió con un breve gesto, tomando asiento de nuevo. A su alrededor la gente se removía inquieta, los ojos fijos en la figura alta y esbelta del elfo.

- Discutir sobre lo oportuno de formar a los humanos en la magia no nos ha llevado a ningún sitio en eras- dijo Deanthalmar con aplomo, para luego esbozar una sonrisa llena de apagado humor- No creo que lleguemos a un acuerdo ahora y tampoco tenemos tiempo para debatirlo.

Silthar observó con aire reflexivo al joven Kemperen. Con sus noventa años de edad era aún muy joven entre los suyos, pero sus palabras eran siempre respetadas y tomadas en consideración. Deanthalmar sabía de lo que hablaba cuando hacía referencia a los demonios, pocos guerreros habían medido sus fuerzas con uno de esos seres tan a menudo como él.

- Nunca hemos sabido dilucidar si enseñar a los humanos a controlar su poder es lo apropiado, o si sólo conseguimos con ello prepararlos para un futuro huésped demoníaco. Además, siempre corremos el peligro de que el humano sea corrompido y se entregue voluntariamente a la búsqueda de un diablo que le dé poder y longevidad. Pero lo cierto, pese a quien pese, es que los humanos poseen una increíble predisposición a la magia y no hay nada que pueda cambiar este hecho.

- Por ello debemos considerarlos una amenaza, sobre todo ahora- dijo uno de los Kemperen, mirando con el ceño fruncido a su compañero.

- O nuestra última esperanza de salvación, Mithalmar. El poder de los demonios ha crecido tanto que el ataque frontal de un verdadero ejército es inminente. Han poseído suficientes magos como para formar un ejército, que probablemente se esté concentrando ahora mismo- un leve rumor recorrió la asamblea e inquietas miradas se clavaron en el rostro del vecino por unos instantes- Es sólo cuestión de tiempo que ultimen su estrategia e intenten dominar la tierra y a los que en ella viven.

- Deanthalmar- la voz suave de Silthar vibró en el aire quieto- Ya hemos sido informados de ello. ¿Creéis realmente los Kemperen que no seremos capaces de repeler la amenaza en esta ocasión?

- Las opiniones están divididas, zrai Silthar- reconoció con pesadumbre Mithalmar, tras una mirada de reojo a sus compañeros- Algunos pensamos que uniéndonos a los Kriegar tenemos una posibilidad de vencer.

Silthar frunció levemente el ceño. Una posibilidad era una probabilidad muy pequeña y, por la forma en la que se agitaba la multitud, otros opinaban lo mismo.

- Otros Kemperen piensan que la unión con nuestros hermanos enanos sólo servirá para retrasar una derrota inevitable- concluyó Mithalmar con voz tensa- Algunos creen que la solución pasa por los magos humanos.

- Los humanos tienen mucho poder, es cierto- uno de los Sildethar unió su voz a la discusión- Pero su vida es corta.

- Por desgracia, zrai, esta guerra que nos amenaza no será larga- contestó con suavidad Deanthalmar- Aunque sólo sea por cuestiones numéricas necesitamos a los humanos. Y si no los atraemos hacia nosotros los demonios no dejarán pasar la oportunidad de hacerlo ellos... o matar a los que se resistan.

Los murmullos crecieron en intensidad, mientras se formaban corrillos aquí y allá. Deanthalmar permaneció quieto, su cuerpo erguido y relajado y el rostro tranquilo. Sus ojos se encontraron con los de ella, y vio la firmeza y la compasión brillar en ellos, mientras su corazón se encogía por la dulce ansia que tan habitual le era ya.

- ¿Creéis que una alianza con los magos humanos salvará Umrund?- exclamó Baleedur- Tienen mucho poder, es cierto, pero no hay ni uno solo entre ellos lo bastante poderoso como para inclinar decisivamente la balanza.

- No es sólo uno... Hay otros.

- ¿Otros?- Silthar frunció el ceño- ¿A qué te referías, Deanthalmar?

La voz de Nedur se alzó por encima de las conversaciones a queda voz de los elfos.

- Deanthalmar acudió a mí en busca de una visión, esposo.

El silencio se instaló en el claro una vez más. Nedur tenía un poderoso don de premonición que había avisado a su pueblo de más de un infortunio. Era un poder poco frecuente y misterioso, muy difícil de controlar, pero nadie dudaba de sus palabras cuando era la visión lo que velaba sus ojos.

Silthar miró intensamente esos ojos de gacela que tanto amaba, su nariz larga y recta, los labios llenos y aterciopelados y su piel oscura que sabía suave como la seda. Sintió una punzada de arrepentimiento por no haber hecho nada por aliviar su desazón. Sabía que ella se culpaba en cierta forma por no ser de mayor utilidad, limitándose a perseguir visiones esquivas que acudían a ella a su libre albedrío.

- Deanthalmar no es el único que ha acudido a mí en estos días en busca del poco consuelo que puedan proporcionar mis visiones... pero sólo él conjuró un sueño- la mujer se incorporó, con el largo cabello negro resbalando por su espalda, la expresión de su rostro solemne y preocupada a la vez- Hace una semana realizamos la sagrada ceremonia y la visión acudió a mí.

Silthar se dio cuenta con espanto y pena que no sabía que Nedur había recurrido a la visión, ocupado con los Sildethar y las últimas semanas de consejos y consultas agónicas. Sintió una punzada de arrepentimiento por haberse alejado de ella inadvertidamente en esos últimos tiempos, obsesionado como estaba por la seguridad de su pueblo, y se sintió aún peor por no haber impedido que ella se sintiese culpable por esa distancia, segura de que su esquivo don le había fallado y les había puesto en una situación aún más desesperada. Su corazón se encogió al percatarse de su egoísmo y tuvo que esforzarse para concentrarse en lo que esa visión podía significar para todos ellos.

- ¿Qué es lo que has visto, Nedur?

- He visto un bastón de mago de inmenso poder que se clava en la Madre Tierra, un día sin amanecer que se teñirá de sangre y será el fin de todo lo bueno- un murmullo de pavor y alarma llenó el claro de la Reunión- Y he visto... He visto una alta columna cerniéndose sobre el mar y varias figuras borrosas que entran en ella, dirigiéndose hacia el fuego y la muerte, rodeadas por una luz blanca y pura- se giró entonces hacia su esposo y tomó sus manos, con una sonrisa triste pero tranquila- La luz de la esperanza.

Nada ni nadie se movió entonces. Durante largos minutos todos permanecieron en silencio, el eco de las palabras de la vidente flotando entre ellos como un espectro.

- Esa visión podría ser nuestra mejor arma en la guerra que se avecina. Cuando menos nos permite un poco de esperanza en este futuro incierto, nos indica el camino a tomar- Deanthalmar habló con suavidad, pero su rica voz de barítono resonó como el toque de las campanas entre sus hermanos- Los humanos son los únicos que utilizan bastones. Debemos acudir a ellos.

Silthar sostuvo las manos de su esposa con calidez contra su pecho, la mente convertida en un remolino de pensamientos confusos. Sabía que en el mundo había algo más que las fuerzas de los que caminan sobre la tierra y Nedur siempre había podido percibirlas, sin embargo... En aquellos momentos no podían arriesgar ni a uno solo de sus guerreros en la búsqueda de esas fantasmales siluetas que ella había visto. La miró a los ojos, esos grandes ojos dulces, y vio que ella había reconocido sus dudas. Aunque su gesto no había cambiado, la expresión de dolor que apareció en su mirada lo confirmaba.

Deanthalmar se forzó a seguir mirando a la pareja, mientras su corazón se partía al ver la ternura con la que ambos se sostenían el uno al otro. Ella permanecía firme y serena, su cuerpo esbelto erguido con la dignidad de una reina mientras bebía de los ojos de su esposo. Recordó la forma en la que se había derrumbado en sus brazos tras la dura prueba de la visión, cómo se aferró a su cuerpo buscando consuelo mientras lloraba, abrumada por las imágenes de muerte que la habían asediado... Apretó los puños a lo largo del cuerpo, sintiendo aún el roce sedoso de su piel contra sus dedos.

Silthar se llevó reverente una mano esbelta a los labios y la besó, antes de volverse hacia sus hermanos.

- La vidente ha hablado, la plata nubló sus ojos y el cauce del tiempo le reveló un atisbo del futuro... Esas son sus palabras- pronunció la fórmula ritual con voz trémula y luego tomó aire con un tembloroso suspiro- Ahora es nuestra responsabilidad decidir qué hacer con ese conocimiento.

Paseó la mirada entre su pueblo, mientras su gente parecía salir del trance y se apresuraban a discutir entre ellos. Los Kemperen permanecían callados y quietos, con la actitud de aquellos que tienen claro cual será su destino y están convencidos de que nada ni nadie podrá cambiarlo. Sus ojos se detuvieron en Deanthalmar, ligeramente separado del grupo, erguido como un joven árbol arrogante en su primera década de vida.

No debería extrañarle que hubiera sido el joven elfo quien atrajo la visión hacia Nedur. Siempre había sido inquieto como un torrente de montaña, hábil con las armas y con la magia e inmune al desaliento, consagrado a su misión como Kemperen pese al precio que había pagado por ello. Su cuerpo, esbelto y musculado, estaba marcado por las cicatrices de la lucha... tanto las producidas por el acero como por la magia. Bajo las pinturas de color blanco que dibujaban runas y símbolos mágicos en su piel de ébano, se podía ver el irregular manchón púrpura que le distinguía.

- No podemos ignorar una visión- exclamó en aquel momento alguien entre la multitud del claro.

- Pero no es en absoluto clara- repuso Baleedur, para luego dirigir una mirada de disculpa a Nedur- Disculpadme weloii, pero no da demasiados datos que puedan ayudarnos a encontrar a esos... esos humanos salvadores.

- Las visiones siempre son así, zrai- Nedur esbozó una sonrisa divertida- Sin embargo, no puede ser demasiado difícil encontrar al menos a uno de los fantasmas de mi visión. Es un mago o una bruja con un enorme poder... con un bastón que rezuma la magia de la Madre tierra. Alguien con un poder así no pasa desapercibido.

- Sobre todo para los demonios.- apuntilló Deanthalmar, arriesgando una breve mirada a Nedur y ganándose un gesto de reconocimiento que le arrancó un estremecimiento de anhelo- Si no nos apresuramos ellos cobrarán la pieza.

La discusión prosiguió durante un par de horas más. Los niños se habían sentado en el suelo de adoquines, jugando a seguir las corrientes en la piedra con los dedos curiosos, mientras el debate ganaba en intensidad sobre sus cabezas. Todo aquel que lo deseó expuso su opinión, se citaron viejas costumbres, nuevas leyes y finalmente se recurrió a la votación.

Deanthalmar contempló con un sentimiento de alivio el mar de manos alzadas que llenaba el claro. Nadie había dudado ni un instante de la veracidad de la visión pero tampoco estaban deseosos de arriesgar a sus defensores en una búsqueda a ciegas.

- Esta es la decisión del pueblo- Silthar, que había estado discutiendo aparte con sus compañeros Sildethar, se puso en pie y abarcó con un gesto la totalidad del claro- Somos una sola corriente, un único cauce de múltiples afluentes. Tal es el canto del agua... Se buscará a los fantasmas de la visión, al humano del bastón y a sus compañeros, y se les acompañará y escoltará en su misión.

Nedur entrelazó los dedos entre el tintineo de sus pulseras y se las llevó a la frente, en un mudo gesto de agradecimiento.

- Pero no podemos permitirnos distraer a los Kemperen de sus tareas en nuestras tierras. Necesitamos protección frente al feérlish y, como muy bien dijo Mithalmar, no hay suficientes guerreros como para disminuir sus filas- clavó los ojos en el grupo de magos guerreros, mientras la multitud contenía el aliento expectante- Partirá sólo uno, sólo sacrificaremos a un emisario. En vuestras manos está la elección.

Cuatro

Finalmente el momento ha llegado.

El Sha se alejó de la ventana entre el susurro de las sedas y se encaró con su Espada.

- ¿Cuánto tardarás en movilizar las tropas?

Su interlocutor, un hombre corpulento ataviado con anchos pantalones de seda y un chaleco de cuero, frunció el ceño en un gesto de concentración.

- En tres días la caballería estaría lista y las tropas de infantería en una semana, Sha- una lenta sonrisa apareció en su rostro- En apenas quince días estaremos llamando a sus puertas.

El rostro atezado y anguloso del Sha se iluminó con una expresión de deleite, mientras contemplaba el enorme mapa de Umrund que se extendía de pared a pared.

- Quizás sea menos si nuestros aliados cumplen su palabra.

La Espada asintió, inclinándose en una reverencia ante su señor.

- Quiero que comiences la movilización en este mismo instante. No debería ser difícil, Purandara, los graneros están llenos, los soldados impacientes y las espadas afiladas- se llevó una mano enjoyada al pecho, jugueteando con la gruesa cadena de oro que le adornaba el cuello- Es el momento de cumplir con el destino de Barat.

Maldiciendo para sus adentros, Millat atravesó a la carrera el patio exterior, sujetando con fuerza la espada para que no le estorbase en su avance. Otra vez llegaba tarde y sabía que su padre no dejaría pasar esa falta, no en esa ocasión.

La culpa era de Zhamil, que se las había arreglado una vez más para derramar sobre su chaqueta de gala todo un frasco de esencias. Pese a sus desesperados esfuerzos y la diligencia de la servidumbre no había conseguido librarse del olor a jazmín que impregnaba su cuerpo. Al menos, pensó mientras atravesaba como una exhalación el amplio vestíbulo de palacio, su otra chaqueta estaba limpia y planchada.

Su carrera se frenó en seco al alcanzar las puertas del Salón del Trono. Dos corpulentos guardias, en realidad eunucos del serrallo del Sha por los colores de sus vestimentas, le miraron con el ceño fruncido. El joven hizo ademán de avanzar hacia la puerta enjoyada cuando ambos guardianes apoyaron las manos en la empuñadura de sus curvas espadas. Bastó una mirada torva para que Millat desistiese de utilizar ese camino.

Retrocedió hasta un pasillo lateral, maldiciendo a Zhamil y sus estúpidas chanzas. Una vez que las puertas se cerraban tras el Sha nadie podía traspasarlas, de modo que se veía obligado a utilizar uno de los corredores de los criados.

Se detuvo frente a un enorme tapiz de vívidos colores que representaba la entrega de Brightgate por los Longevos. Tras asegurarse de que nadie le observaba, levantó una esquina del pesado adorno y se deslizó tras él, penetrando en un estrecho pasillo iluminado de forma vaga por lamparillas de aceite.

Había descubierto los pasillos de la servidumbre cuando era un niño menudo y serio que no llamaba la atención y aquel conocimiento se había revelado útil en muchas ocasiones.

Tras vueltas y más vueltas empezó a oír el rumor constante de voces del Salón del Trono. La música se filtraba a través de las paredes, tamizando las conversaciones de los cortesanos. La intensidad fue en aumento hasta que el corredor finalizó en una pared de intrincada celosía de madera. Buscó en la estructura el pequeño resorte, presionó con suavidad y, cuando el panel se movió sin hacer ruido, se escurrió al exterior con rapidez, apareciendo tras una enorme planta en maceta, a espaldas del tumulto de diletantes que poblaban la sala.

En el aire flotaba el tenue aroma del incienso mezclado con los perfumes de los cortesanos. Bajo los elegantes y espigados arcos, con delicados relieves y tallas florecidos en la piedra rosada, las lámparas de pantallas multicolores daban una atmósfera cálida al conjunto. Las damas y señores se movían entre el susurro de la seda y la gasa, las alhajas tintineando a cada paso. Junto al estrado del trono las esposas del Sha se sentaban en enormes cojines de colores brillantes, una bandada de coloridos pájaros cantores, charlando entre ellas con sus voces suaves y dulces, vigiladas por un par de fornidos eunuocos que probablemente eran hermanos o primos de los que custodiaban las puertas.

Buscó con la mirada a su padre. El Sha no ocupaba el trono, por lo cual la Espada debía seguirle en su vagabundeo entre los peticionarios y nobles. Se alisó con nerviosismo la chaqueta, asegurándose de que su arma formaba el ángulo correcto con su cuerpo. En presencia del Sha, los Shankar eran los únicos autorizados para portar espadas y sólo necesitaba humillar a su padre para terminar de firmar su sentencia de muerte.

No le costó demasiado descubrir a la Espada. Los dos criados que portaban los grandes abanicos de plumas flanqueaban al Sha, como de costumbre. Purandara Shankar se mantenía apartado unos pocos pasos del soberano, sus duros ojos negros vigilantes, saltando de un rostro a otro con la despiadada frialdad de un halcón. Millat se enderezó involuntariamente cuando esa mirada de acero se clavó en él. Captó el relámpago irritado en sus ojos y la súbita crispación de su mandíbula, que presagiaba tormenta. Un repentino rubor le encendió las mejillas y tragó saliva pero se mantuvo firme bajo su escrutinio.

- Has llegado más rápido de lo que esperaba.

Millat cerró los ojos en un silencioso suspiro y luego se volvió hacia el dueño de esa voz socarrona.

- Su Alteza- se inclinó en una respetuosa reverencia- Me he dado prisa en venir.

Con una carcajada, Zhamil Tahj, príncipe heredero del reino de Barat, contempló con indulgencia al muchacho.

- Ah, cachorro de la Espada... Te tomas tan en serio tu deber que no debo preocuparme de mi futuro como Sha- cerró el puño y le golpeó juguetonamente el hombro- Probablemente podría dejar el reino en tus manos y lo gobernarías mejor que yo.

Millat soportó el puñetazo y el comentario con una tensa sonrisa. Pese a su actitud despreocupada y sus chanzas, Zhamil mataría a cualquiera que intentase ocupar su lugar. Había nacido para reinar, igual que él había venido al mundo encaminado a protegerle y obedecerle, y había sido bendecido por una aguda inteligencia y una malicia inagotable, de modo que casi era normal que se permitiese ser tan indulgente consigo mismo. Por desgracia, en esa indulgencia Millat solía ser el blanco perfecto para sus bromas y empezaba a resultar una dura prueba para el muchacho.

- Mi deber y mi honor es servirlos, Alteza.

Zhamil amplió su sonrisa, mirándole con una expresión de burlona superioridad en su moreno rostro.

- Siempre un paso por detrás, ¿verdad?

Millat inclinó la cabeza en un gesto de humildad, apretando los dientes.

- Sí, Alteza.

Zhamil volvió a reír.

- Ven, cachorro. Honremos a estos pájaros estúpidos con nuestra compañía.

Los cortesanos se deshacían en halagos y reverencias. Las damas inclinaban el rostro con falsa modestia, mirando por debajo de los párpados caídos al príncipe, ofreciéndose de forma más o menos velada, mientras sus parientes varones contemplaban el coqueteo con expresiones que iban de la avidez a la esperanza.

Millat se resignó a soportar ese frívolo entretenimiento toda la tarde. Algunas damitas ambiciosas pensaban que la futura Espada era también una presa codiciable, pero el muchacho se sentía incómodo ante esas atenciones. Por el momento hallaba más placer en sus armas que en esas frías arpias de brillante plumaje y dulces palabras, pero Zhamil disfrutaba con la caza y su honor le obligaba a escoltar al príncipe. De modo que permitió que su mente vagase por las lecciones que había recibido esa mañana, mientras Zhamil evaluaba con ojo conocedor el abundante pecho de una joven, expuesto en un escotado vestido. Tras una mirada de reojo, el muchacho se vio obligado a admitir que ese atuendo demostraba una planificación y una estrategia dignas de ser admiradas.

El tañido de las campanas sacudió a Millat hasta los huesos. Las conversaciones cesaron como por ensalmo y la música se extinguió en medio de un rasgueo agudo de las cuerdas y un lamento agónico de los instrumentos de viento.

El muchacho miró a un lado y al otro, sorprendido al ver que la gente no daba excesivas señales de alarma, pese a lo perturbador y extraño que era oír el Toque de Feérlish a esas horas. El Sha permaneció sentado en su trono, reclinado cómodamente en los enormes cojines, mientras miraba con expectación hacia las puertas. Su Espada se erguía a su derecha.

- ¿Qué ocurre?- murmuró atónito.

Zhamil le dio un suave empujón, con la mofa pintada en sus rasgos.

- Pobre cachorro, no te cuentan nada sobre las cosas de los mayores, ¿no?- se encaminó resueltamente hacia el estrado del trono, mientras el gentío le abría paso en una confusión de reverencias- Ven Millat, y verás en primera fila como se sientan las bases de la hegemonía de Barat en Umrund.

El muchacho siguió sus pasos, observando la escena sin acabar de entender. Los magos de la corte se congregaban en un pequeño y agitado grupo a un lado, las expresiones demudadas de preocupación, algunos con un brillo ávido en los ojos. Millat siguió al príncipe hasta que este tomó asiento en su trono, por encima de las esposas de su padre, ahora mudas.

- Barat es un gran reino, Millat- comentó con voz suave Zhamil mientras se arrellanaba en los cojines- Para un gran reino es lícito extender su área de influencia a zonas necesitadas de civilización y refinamiento.

- ¿Alteza?- Millat le contempló perplejo, mientras la ambición relucía en los ojos claros del príncipe.

- Barat se nos ha quedado pequeño, cachorro. Es hora de que consigamos un traje más acorde con nuestra valía.

Antes de que el muchacho pudiera preguntar nada, las grandes puertas se abrieron de golpe. Los batientes de madera giraron con rapidez sobre sus goznes e impactaron contra las paredes. El revestimiento de mármol se agrietó y saltaron esquivras. Se oyeron gritos de pánico que superaron el sonido de las campanas.

Millat llevó la mano a la empuñadura de su espada, con los nervios de punta, intentando ver desde su mayor altura qué o quién había abierto las puertas. Cuando Zhamil le sujetó el brazo estuvo a punto de saltar del susto.

- No seas bobo, cachorro. Esos que entran son nuestros aliados.

Las campanas seguían atronando. Aún así los pasos fueron perfectamente audibles. El impacto seco de los tacones de varias botas acercándose por el pasillo, hasta que varios individuos entraron en el Salón del Trono.

Los cortesanos se retiraron a los laterales de la sala entre trompicones y carreras, dejando un amplio pasillo entre los visitantes y el estrado del trono. Respiraciones contenidas y susurros ahogados de sorpresa y temor, mientras atravesaban la sala hasta detenerse a los pies del trono.

Millat tragó saliva, con la lengua pegada al paladar de puro horror. No había necesidad del repique continuo de las campanas para saber qué tenía delante. La misma naturaleza de esas criaturas lo aclaraba incluso a sus sentidos embotados.

Demonios. Poseídos. Dos humanos de edad indefinida, el rostro ajado y surcado de arrugas, y la figura alta y espigada de un elfo. Los tres envueltos en largas capas oscuras, los tres mostrando a las claras su verdadero ser. Y delante de ellos, rezumando odio y malevolencia, su señor.

No podía decir si era alto o bajo, o si su cuerpo era enjuto o corpulento. Su esencia o su ser estaba guarnecido bajo las placas de una armadura. Su diseño era pasmosamente simple, nada de pinchos o apliques u otros ornamentos para embellecer la forma. Sólo el metal de un azul índigo, que desprendía reflejos irisados al más mínimo movimiento. Y sobre el acero las runas. La educación del joven no había incluido la magia, pero no necesitaba esa formación para saber que los símbolos grabados, las sinuosas curvas y las rotundas rectas eran palabras de un gran y oscuro poder.

Fascinación y horror. Millat fijó sus ojos en los pies del demonio y los fue subiendo poco a poco por ese cuerpo acorazado, el estómago revuelto, hasta detenerse en la pieza que protegía el cuello. El estrado le alzaba unos treinta centímetros sobre el suelo de la sala y aún así aquel engendro le miraría cara a cara si conseguía reunir el valor suficiente para llevar su mirada más allá. Cuando finalmente lo hizo tuvo que apelar a todo su coraje y su honor para no retroceder y ocultarse.

El casco, del mismo material que el resto de la armadura, se cerraba en unas alas que protegían las mejillas. Pero la sombra que proyectaban no bastaba para ocultar la aterradora visión de ese rostro cambiante. Desde las profundidades del casco se atisbaba una cara, una vaga imagen de expresión, unos rasgos que se diluían en el espacio de un parpadeo para que aparecieran otros, y luego otros y otros más. Sólo las refulgentes cuencas de los ojos no cambiaban, siempre los mismos ojos de ardiente gelidez, que fulminaban con desprecio y odio desde las sombras.

Las campanas habían aumentado tanto el volumen de su aviso que Millat sintió latir sus tímpanos al unísono. O quizás era su propio cuerpo el que reaccionaba ante el peligro haciendo que sus sienas palpitasen con cada latigazo de pulso, que sus músculos estuviesen temblando por la adrenalina y que todos sus sentidos aullasen en un intento por prevenirle.

El diablo alzó una mano. Los dedos enguantados en acero hicieron un gesto categórico... y las campanas cesaron en su alarma con un último sonido cascado y hueco. Sólo se oyeron entonces los sollozos y los débiles murmullos que parecían suplicar misericordia. Después del sonido de las campanas, ese silencio atemorizado se sentía como una aberración.

Tras una eternidad, el chambelán del Sha se aclaró su temblorosa garganta.

- Su Majestad Serenísima, Gracia de los Cielos, Elegido de la Tierra, el Sha...

Su voz se cortó con un grito agudo cuando el demonio giró su cabeza para clavar los ojos en él. El hombre tosió y se llevó una mano al cuello, respirando de forma entrecortada y sibilante antes de caer de rodillas al suelo.

- Soy Rahu y he venido a cerrar el acuerdo, humano.

Millat cerró los ojos por un instante, con un estremecimiento de angustia. Apretó la mano sobre la empuñadura de la espada con tanta fuerza que se le clavó en la palma hasta el más ínfimo detalle de la ornamentación. Cada palabra había sido pronunciada con una voz distinta: la aguda de un niño, la temblorosa y ronca de un viejo, la seductora cadencia de una mujer, una voz que fluía como el agua, la rotunda firmeza de un hombre... Y todas esas voces se habían encadenado las unas a las otras sin solución de continuidad, discordantes entre sí salvo por un arrastrar de las palabras que les daba unidad.

El Sha se irguió en su trono, el rostro imperturbable y la espalda empapada en sudor frío.

- Mi ejército está listo para cumplir su parte- entrecerró los ojos, intentando escudarse en lo posible de esa mirada despiadada- ¿Habéis ultimado ya vuestros planes?

Una sonrisa cruel apareció en el rostro del demonio, para difuminarse de inmediato en una mueca desdeñosa bajo la quemante mirada de esos ojos, con los iris rodeados de un dorado refulgente.

- Desde luego. Os moveréis rápido para no perder la sorpresa.

- La magia podría agilizar las cosas si...

Un violento relampagueo en esos ojos inhumanos hizo enmudecer al soberano. Millat intentó en vano tragar saliva.

- ¿Para qué os necesitaríamos entonces, humano?- la expresión de esos rasgos mutables hablaba de infinitas y aterradoras posibilidades.

El Sha palideció pero se mantuvo firme, con una leve sonrisa dibujada en los labios.

- Partiremos en cuanto el último hombre esté listo y arrasaremos la ciudad hasta sus cimientos.

- Ese es el trato- sentenció Rahu- ¿Estás dispuesto a cumplirlo, humano?

Millat apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¿Una alianza con los demonios, los enemigos ancestrales? El muchacho se preguntó desesperado en qué pensaba el Sha para hacer semejantes tratos. No podrían echarse atrás, no al menos si no deseaban una muerte atroz en los siguientes minutos.

- Por la gloria de Barat- exclamó el Sha con una voz que rezumaba satisfacción.

- ¿La gloria?- un estremecimiento sacudió el cuerpo enfundado en metal, mientras resonaba en la sala una ola continua que subía y bajaba en una sucesión de tonos agudos y graves, un cascabeleo y un sonido bronco... El demonio se reía- No nos importa la gloria.

Aquel rostro mutable clavó la mirada en cada uno de los ocupantes del estrado. Del Sha que le contemplaba impasible a su Espada, erguido junto a él y demostrando tanto sentimiento como una estatua. Los magos de la corte parecían un rebaño de corderos, apiñados en un extremo, mirando con horrorizada fascinación a los diablos. Zhamil aferró con fuerza los brazos de su silla cuando esos ojos se clavaron en él, el rostro ceniciento perlado de sudor.

Millat sintió que el aliento se le helaba en la garganta al recibir todo el impacto de esa mirada. Intentó romper el contacto antes de ahogarse en el horror, mientras el dorado de esos ojos parecía hurgar en su interior, atenazando sus huesos y su alma hasta reducirle al estado de un animal asustado hasta la sinrazón.

- Es la sangre lo que importa.

Millat se tambaleó cuando Rahu rompió el contacto y estiró una mano para sostenerse en el respaldo del sillón. Las esposas del Sha, sentadas apenas a unos metros de los demonios, temblaban horrorizadas envolviéndose en sus velos como si se trataran de escudos. El demonio alzó una mano y

pronunció una seca palabra, que fue seguida por el desgarrador alarido de la muchacha cuando su cuerpo se alzó como manejado por una voluntad extraña.

Ella forcejeó en vano, peleando por librar sus miembros de ese dueño invisible, resistiéndose a cada paso con uñas y dientes. Su voz aguda vibraba estridente en cada grito hasta que se vio frente a Rahu. Entonces enmudeció, la cabeza echada hacia atrás, su mirada aterrada sujeta a la trampa despiadada de los ojos del demonio.

Un sudor frío y pegajoso empapaba a Millat. Conocía a la muchacha, era una de las últimas esposas del Sha, una joven de familia campesina orgullosa de su belleza y del poder y la posición que esta le había dado. La joven tenía su edad y era una luchadora, una beldad de cuerpo suave y larga cabellera rubia. Y ahora permanecía en pie frente a aquel engendro, los brazos bien extendidos y separados de su cuerpo, que temblaba tanto que podía oírse el tintineo de sus pendientes y joyas.

El rostro del demonio mostró durante un aterrador instante dos caras debatiéndose por ocupar ese espacio. Dos bocas, dos narices, dos barbillas... Y entonces, con un movimiento que pareció durar horas, la mano guarnecida en metal de Rahu se abrió paso en el vientre de la muchacha.

Ella se agitó, pero no gritó ni cayó al suelo. Desde su lugar, Millat pudo oír con total claridad como el puño atravesaba la tela con un susurro y rompía la carne, un sonido ahogado y húmedo como si se abriera una sandía. La sangre empezó a brotar de la herida mientras entre los cortesanos se desataba un caos de gritos.

La muchacha gimió cuando Rahu sacó la mano convertida en garra de su vientre, sujetando entre los dedos engarfiados un trozo de carne chorreante festoneado por jirones de seda ensangrentada. Sus ojos centelleaban con un placer impío. Luego se llevó aquel despojo a la boca y lo masticó con deleite, degustando el bocado con su boca cambiante, sus dientes cambiantes y su lengua cambiante. En algún lugar a sus espaldas se oyó vomitar violentamente a alguien y el ruido sordo de varios cuerpos al caer al suelo.

Millat estaba paralizado. No podía moverse, apenas podía pensar, sólo sentir. Sentir el horror, el asco, la pena, mientras la joven seguía en pie sostenida por la magia del demonio, la sangre desbordando el boquete que constituía ahora su vientre, empapando sus piernas y extendiéndose a sus pies. Con la bilis quemándole la lengua, vio como Rahu daba otro mordisco antes de lanzarle los restos al Sha.

- Esto cierra el trato, humano.

Otra vez la carcajada. Los tres Poseídos dieron un paso al frente y el muchacho temió por un instante que se sumaran al festín.

- Cumple tu palabra, humano- la voz de Rahu rezumaba regocijo y odio, incluso enmascarada por la garganta de un niño- Y todo irá bien.

La luz de la sala fluctuó cuando los Poseídos recitaron con voces cascadas una larga letanía. Entre ellos apareció un punto de negrura que crecía más y más hasta alcanzar las dimensiones de un hombre corpulento. Uno a uno, los Poseídos atravesaron la puerta. Rahu permaneció unos instantes más, su reluciente armadura de insecto salpicada de sangre.

- Date prisa, humano. Te conviene.

La puerta dimensional se cerró tras él con un seco chasquido, dejando tras de sí el Salón del Trono sumido en un manto de silencio.

Desaparecida la magia que la sostenía, la joven se derrumbó como si le hubieran cortado los hilos. Su cuerpo quedó desmadejado como el de un muñeco roto, la seda empapada en sangre y pegada a la lívida piel. Aún se agitaba en medio de los estertores de muerte, los ojos vidriosos clavados en el techo y una espuma sanguinolenta mojando sus labios exangües.

Millat estaba clavado al suelo, el cuerpo rígido de espanto. No podía apartar la vista de ella, ver como los mechones rubios extendidos en el suelo se teñían de un intenso carmesí, como la vida se le escapaba

latido a latido. Vagamente fue consciente de los gritos histéricos, de las carreras y los llantos. El chambelán seguía arrodillado sobre el mármol, tosiendo y tosiendo, con el rostro púrpura. Las esposas del Sha lloraban abrazadas las unas a las otras, aterradas por lo ocurrido y aliviadas por no haber sido escogidas.

A su lado Zhamil se puso en pie con torpeza. Millat le dirigió una aturdida mirada, esperando ver en su rostro la misma repulsa. Pero salvo la palidez extrema y cierta expresión desencajada, el príncipe no parecía impresionado por el dantesco cuadro que tenía a los pies.

- Padre... ¿Queréis que me ocupe de esto?

El Sha descendió de su trono con paso firme. Sus ojos verdes examinaron el Salón. Bajo su severo escrutinio los cortesanos intentaron recuperar la compostura, enjuagándose la boca con las mangas de sus trajes, irguiéndose pese a sus inseguras piernas. Al menos aquellos que estaban conscientes.

- Purandara se hará cargo- esquivó con escrupuloso cuidado el charco de sangre y el cadáver. Alzó una mano e hizo un gesto a los dos eunucos para que se ocuparan de sus mujeres- Hay muchas cosas de las que hablar, Zhamil.

Millat tembló, mientras veía como el Sha y el príncipe abandonaban el salón, seguidos por el grupo lloroso y aturdido de las esposas. Oyó como en un sueño la voz autoritaria de su padre, dando órdenes para que retirasen el cuerpo. El muchacho se esforzó por tragar saliva y contener las lágrimas que le quemaban los ojos. En el aire flotaba el olor de la sangre, de los vómitos y un hedor aceitoso, reminiscencias de la visita de los demonios. Y mezclado con todo ello el dulzón aroma del jazmín que aún impregnaba su piel.

Algo cálido le resbalaba por la mejilla. Como un autómata, Millat se llevó la mano al pómulo. Era sangre, sangre roja brillante sobre su atezada piel. Alzó los ojos y buscó con desesperación la mirada de su padre. Purandara Shankar no podía estar de acuerdo con semejante aberración, no podía permanecer ajeno al horror.

La Espada se detuvo a escasos metros de su hijo, observándolo con detenimiento. El negro y abundante cabello, el rostro aún suave con los enormes ojos grises de mirada extraviada, el manchón sanguinolento en la mejilla, la ropa salpicada de sangre. Tenía extendida la mano de la espada hacia él, con la palma vuelta teñida de rojo, en un mudo gesto de súplica.

- Ve a lavarte Millat. Hueles como una puta.

Cinco

El sol brillaba a través de las hojas mecidas por el viento otoñal. Sus largos dedos se estiraban para rozar la tierra en una caricia pronto imposible por la llegada del invierno.

Una figura envuelta en una capa negra avanzaba vacilante por el sendero. Se apoyaba en un bastón de madera grueso e irregular, aparentemente sacado del mismo corazón de un castaño centenario. Era rugoso y viejo, como un anciano guía que conoce cada recoveco del camino. La mano que se agarraba a él era pálida y suave, de largos dedos y fina piel. No era fuerte y, al mirarla con cuidado, se tenía la extraña sensación de que era el bastón el que sostenía a la mano y no al revés.

Una amplia capucha cubría por completo la cabeza del viajero ocultando su rostro. Sólo unos mechones de pelo rebelde se asomaban por los bordes. Tenía el cabello tan negro como el ala de un cuervo, incluyendo ese matiz azulado que poseen sus plumas. Era además espeso y algo grueso, como una suave madeja de lana. Su peculiar andar arrastrado se debía a una pronunciada cojera en la pierna derecha, que retrasaba su marcha. Llevaba una bolsa de tela recia a las espaldas, también de color negro.

Ishmael sacó tabaco del bolsillo y lió un cigarrillo. Aquel bastón le producía una extraña sensación. Podría muy bien tratarse de un mago o una bruja. Curvó los labios en una sonrisa sarcástica, preguntándose porqué el término para ellas sonaba despectivo cuando eran todas de la misma calaña. La única manera de combatir a los demonios era eliminar a los portadores. Aquella pandilla de egocéntricos y sus hechizos sólo causaban más problemas. Los elfos y los enanos proporcionaban armas mágicas para terminar con los Poseidos y aquello era suficiente. Todos aquellos experimentos para exorcizar y el estudio de la magia en la maldita Academia servían para regalarle al bando contrario anfitriones de gran poder. Pensar en derrotar a los demonios con la magia no eran más que quimeras. Había que ser realista.

Avanzó con notable sigilo sobre el suelo irregular para alguien de metro noventa y cien kilos de peso. Mientras observaba al caminante desde la sombra de los árboles pensó con macabra satisfacción en lo igualitarios que resultaban los ataques demoniacos. Cuando llegaban sus hordas y la violencia se desataba, se detenían las guerras en territorio humano. Los hombres dejaban de luchar entre sí para enterrar a sus muertos y llorar por los desaparecidos que jamás volverían. No al menos como seres humanos.

El musgo tapizaba el suelo en aquella zona y enmudecía sus pasos cuando sus pies enfundados en botas de media caña se hundían en él. Estaba a punto de tomar un sendero que lo alejaba del camino principal cuando vio un reflejo metálico a lo lejos. Duró sólo un segundo, pero tenía la certeza de haberlo visto. Se agazapó tras su cubierta vegetal, aplastó el cigarrillo con el pie y esperó. La figura de negro no había caminado más de cincuenta metros cuando tres hombres saltaron sobre ella. La rodearon y le ordenaron que les entregase la bolsa.

Uno de ellos le dio un tirón a la capucha, apartándola del rostro. Como la víctima le daba la espalda Ishmael no podía verle la cara, pero por la actitud y las expresiones de los asaltantes supo que era una mujer.

Su rostro permaneció inescrutable mientras pensaba qué hacer. Él jamás se metía en asuntos ajenos y menos si había magia de por medio. Pero también era cierto que siempre aparecía en cualquier sitio donde se desarrollase una buena pelea y la convertía en un asunto personal. Ya sentía la adrenalina circulando por sus músculos, los rápidos latidos de su corazón instándole a entrar en acción. Se había convertido en un verdadero adicto.

Un músculo se crispó en su mandíbula. A fin de cuentas, ¿qué importancia podía tener? No era más que otro fregado en el que meterse, otra trifulca en la que despellejarse los nudillos. Lo único que sabía hacer realmente bien. Dejó que su cuerpo se liberase y no lo pensó más.

- ¿Os habéis fijado en esa máscara? ¿Qué pasa guapa? ¿La mitad de tu cara es tan monstruosa que te la tienes que tapar?

Un coro de risas la rodeó en aquel claro del bosque mientras ella se llevaba la mano a la parte derecha de su rostro, comprobando que la máscara de cuero estuviese allí. La había hecho un maestro enano con sus artes y nunca se movía pero fue un gesto reflejo ante las burlas. Dio dos pasos atrás instintivamente.

-Quieta ahí, tullida. O nos das esa bolsa ahora mismo o te garantizo que esto va a terminar mal.

Shannon tembló como una hoja, agarrándose con fuerza al bastón y sujetando la tira de cuero de su bolsa. Se le había secado la boca y los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos como truenos salvajes en medio de una tormenta.

Se sentía tan indefensa como un recién nacido y se obligó a tranquilizarse, aunque sin mucho éxito. Desde que puso el pie fuera de la Academia de Magia supo que algo así le podía ocurrir y que, en realidad, era el menor de los incidentes con los que un viajero se podía tropezar en aquellos tiempos y en aquellas tierras. Se repitió mil veces al despedirse de sus preocupados maestros que estaba preparada para afrontar aquel viaje. Tenía que estarlo.

Pese a que su mente le gritaba que no lo conseguiría y que no abandonase la seguridad de su celda en la Academia, su corazón le pedía que fuese. Sus maestros no tenían que convencerla de la importancia de encontrarle, porque no sólo era consciente del peligro que suponía para todas las gentes de Umrund el que vagase solo y desorientado, si no que se le oprimía el pecho de angustia por él cada vez que lo imaginaba. Así hizo de tripas corazón mientras los suyos se lamentaban por no poder enviar a más gente junto a ella, en un intento de no llamar la atención, y por la imposibilidad de realizar el conjuro que la llevaría hasta él. Para aquello era necesario que la otra persona realizase un rito idéntico y él no estaba en condiciones de hacerlo... y quién sabría si aunque lo estuviese querría hacerlo. Se había alejado de las enormes puertas de piedra de la Academia sin poder evitar mirar atrás de vez en cuando, pero sin detenerse porque sabía que si lo hacía le costaría encontrar el valor necesario para reanudar el camino de nuevo. Cuando los muros blancos desaparecieron de su vista se sintió un poco perdida y concentró sus pensamientos en el motivo de su viaje. Mientras no lo olvidase todo iría bien.

Así que allí estaba, enfrentada a su primer obstáculo y tan asustada que le daba vergüenza de sí misma. Cerró los ojos y tragó saliva. Sólo tenía que calmarse un segundo y pronunciar las palabras adecuadas. Era tan sencillo como eso.

En aquel instante abrió de nuevo sus grandes ojos azules y su mirada se cruzó con la de uno de los asaltantes. Era una mirada fría, despectiva y cruel que se le clavó en el pecho como una flecha élfica, limpia y certera. Empezó a dudar de su propia habilidad mágica. Todos los hechizos que había realizado desde su infancia habían sido controlados y supervisados cuidadosamente. Supuestamente porque tenía un gran potencial oculto. Y ese era el problema, que estaba oculto y siempre había practicado en ambientes controlados. ¿Y si fracasaba? Horrorizada, notó cómo su estómago se encogía y la náusea danzaba burlonamente en el centro de su estómago.

En medio de sus cábalas, uno de los atacantes dio unos veloces pasos hacia ella, sujetándola por la garganta y levantándola del suelo.

- No perdamos más el tiempo con esta y cojamos el dinero.

- Bájala. Ahora mismo.

Una voz profunda sonó a sus espaldas mientras pataleaba en el aire y trataba de aflojar los dedos contra su garganta. Le dolían como si fuesen hierros candentes y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras luchaba como un pez fuera del agua por conseguir un poco de aire para sus doloridos pulmones.

- No sé quién eres pero será mejor que no te metas en lo que no te importa.

Shannon comenzaba a ver puntitos blancos bailando una danza desenfadada frente a sus ojos.

- Te equivocas. Sí es asunto mío- dijo la voz desconocida. Debía de haberse acercado porque, para los oídos de la mujer, sonaba mucho más cerca.

- ¿Acaso la conoces?

- Claro. ¿No notas el parecido familiar?- la burla rezumaba en cada palabra- Ahora mismo voy a agradecerte el trato que le has dado.

-¿Pero qué...?

El hombre no tuvo tiempo de terminar su indignada pregunta. Ishmael salvó la distancia entre ambos de un salto y sujetó con fuerza uno de los brazos con los que sostenía a la mujer. Lo apretó tan fuerte que al alarido de dolor le acompañó un sonoro crujido. Shannon, libre al fin, cayó al suelo de espaldas, llevándose las manos a las marcas púrpuras que el férreo apretón había dejado en su piel. Trabajosamente, su garganta volvió a permitir el paso de aire a sus pulmones. Sus ojos anegados de lágrimas registraban confusamente la escena que se desarrollaba frente a ella.

Un hombre alto y corpulento se movía entre los asaltantes con una velocidad arrolladora. Tenía el pelo corto y rubio, del color dorado de la paja. Una rala barba de pocos días cubría su mandíbula cuadrada y su mentón recto. Los labios eran firmes y se tensaban en una blanca sonrisa de depredador, los ojos de un helador azul celeste iluminados por una salvaje expresión de alegría. El puente de la nariz estaba algo torcido, como si se hubiese roto alguna vez y no hubiese soldado en la posición adecuada.

Atónita, vio como los tres hombres se abalanzaban sobre él a un tiempo. Rechazó a uno de un recio puñetazo en la boca que lo lanzó hacia atrás con varios dientes menos. Al segundo le incrustó el codo en el estómago, doblándolo en dos, mientras agarraba al restante por el cuello para clavarle la rodilla en el pecho. Apenas había podido registrar los movimientos de su cuerpo, que se movía con una salvaje fluidez llena de eficacia.

El desdentado se levantó con la sangre chorreándole por la boca partida y la mirada encendida por el odio. Sacó un puñal de entre sus ropas y se dirigió con determinación hacia el hombre, que mantenía una inexpressión total en su rostro aunque sus ojos brillaban excitados. El ladrón amagó varios tajos con el puñal que él esquivó con habilidad. Al tercer intento, uno de sus compañeros se recuperó lo bastante del anterior golpe como para abalanzarse sobre él y encaramarse a sus espaldas, tratando de sacarle los ojos con los dedos mientras su compañero lanzaba una cuchillada directa al corazón. Shannon soltó un grito estrangulado de pánico.

Ishmael sujetó con una mano la cara del tipejo que tenía sobre sus espaldas y con la otra, tras desplazar lateralmente el cuerpo en un movimiento instintivo que le situaba a salvo del cuchillo, agarró la muñeca armada de su adversario. Con una sonrisa en los labios la retorció hasta que éste soltó el puñal y luego le dio un seco tirón que sacó la articulación del hombro de su sitio. Después levantó al otro de su espalda, acompañado por los gritos de dolor de su adversario, y lo arrojó contra un árbol.

Shannon lo observaba fascinada. Parecían muñecos de trapo en sus manos, totalmente a merced de su fuerza.

- Ya vale de tonterías- le oyó decir con un tono de voz que le erizó el vello.

Cogió el cuchillo del suelo y se encaminó con un andar ágil y resuelto a su dueño, que parecía aterrorizado de pronto bajo la mirada del gigante rubio. Lo levantó del suelo, preparado para asestarle otro golpe, pero el hombre permaneció quieto, paralizado, mientras un reguero de líquido caía por sus piernas hasta el suelo.

- Joder... Lo que me faltaba. No deberías jugar con estas cosas si no estás dispuesto a llegar al final- dijo furioso y lo dejó caer al suelo. El hombre trastabilló varias veces hasta que consiguió recuperar suficiente control sobre sus piernas para salir corriendo.

Ishmael paseó su mirada por el campo de batalla, evaluando el espíritu combativo de sus restantes adversarios. Uno se puso en pie y siguió a su compañero en la huida pero el otro se puso en pie, agarró un palo grueso y se lanzó al ataque. La mirada de Ishmael era de salvaje felicidad.

El palo se movió en un arco rápido y sesgado que él paró con el antebrazo. Luego aprovechó su mayor corpulencia para cargar sobre él, desequilibrarle y darle un puñetazo en la mandíbula que a punto estuvo de hacer que se mordiera la lengua. Shannon oyó crujir el hueso bajo aquellas mazas de carne, vio la tremenda tensión en los músculos de sus brazos, resaltando bajo la piel dorada, y se encontró rogando por la huida del bandido.

Este cayó al suelo, rodando con agilidad para minimizar el impacto del golpe. Cuando alzó la mirada febril, Shannon vio en su cara marcas de dedos. Era el que había intentado cegarle antes. El ladrón extendió la mano para levantarse, con tanta suerte que se encontró con el cuchillo abandonado sobre la hierba. Alzó el rostro con una luz oscura y demente en los ojos, cargada de malicia y se enfrentó con el hombretón rubio, lanzando salvajes cuchilladas. El acero encontró carne y le cortó superficialmente el brazo. El bandido soltó un bronco gruñido de satisfacción, abalanzándose por segunda vez contra su adversario.

Ishmael no hizo ademán alguno por protegerse. Cuando el puñal se dirigía hacia él lo sujetó en la mano, parando la arremetida y lo miró impertérrito mientras el metal mordía su carne hasta el hueso y la sangre bañaba el filo y caía al suelo chorreando. Shannon se estremeció hasta la médula de pavor, mientras el hombre enmudecía por el asombro. Después una rabia incontenible deformó su rostro al reconocer a un rival que le superaba. Estaba a punto de decir algo cuando Ishmael adelantó el brazo libre con una velocidad fulgurante desde la cadera, impactando con un golpe seco y preciso contra la prominente nuez del ladrón. Este abrió mucho los ojos y luego se derrumbó en el suelo, muerto, llevándose las manos como último reflejo a su tráquea rota.

Ishmael contempló durante un instante el cadáver a sus pies. No había sido una buena pelea después de todo. Luego volvió el rostro hacia ella, sentada bajo un árbol y con la espalda apoyada contra el tronco y la examinó atentamente. Tendría unos veinte años, de cuerpo más bien menudo. Llevaba una máscara de cuero que resaltaba la blancura de una piel delicada y fina como la porcelana. La máscara tenía forma de luna menguante, cubriendo parte de la frente, un ojo, la mejilla derecha y parte de la barbilla. Sus ojos eran grandes y de un azul tormentoso. En conjunto, la parte del rostro que se veía era hermosa y bien proporcionada. Se preguntó que le habría ocurrido para tener que ocultar la otra mitad.

Su expresión, lo que dejaba ver el cuero, era de confusión y miedo. Pero aquello ya no era cosa suya. Sacó un trapo del bolsillo y lo envolvió alrededor de la herida de la palma, diciéndose que tendría que buscar a alguien para que le cerrase aquello con unos puntos. Después se lió otro cigarrillo y lo encendió con la pequeña cajita de pedernal (el único adminículo mágico que aceptaba usar), dándole una buena calada.

Shannon tragó saliva, sin dejar de vigilarle nerviosamente. Estaba espantada por lo que había visto, la despreocupación con que había matado al ladrón para luego no dedicarle más que una breve mirada, como lamentando que no hubiese durado más. No estaba muy segura de qué podría querer ese individuo, tal vez quisiera también su bolsa. Aún estaba tan impresionada por su fuerza que apenas se atrevía a moverse

- Si fuese tú no me quedaría aquí- dijo mirándola.

Shannon bajó de inmediato los ojos. Él sonrió burlón y empezó a andar hacia los árboles, dispuesto a retomar su camino. Sabía que le llevaría a un pueblecito y quizás allí podría conseguir una cura y un poco de cerveza para quitarse el amargor de la decepción de la garganta. Había esperado más.

- Es... Espere.

Se detuvo en seco. Aunque su tono era inseguro y vacilante, su voz era absolutamente fascinante. Era una voz de mujer profunda y ronca, pero suave y sutil a la vez. No sabía porqué pero le recordó los buenos tiempos, cuando todavía tenía un hogar a la orilla del mar y una familia y un sitio al que volver cada día. Eso era, como el mar susurrante en la noche y chocando salvaje contra las rocas. Se dio la vuelta y la miró

con una mezcla de desconfianza, desprecio y fascinación que tuvo el mismo efecto sobre ella que un bofetón. Cada vez le parecía más seguro que se trataba de una bruja.

Shannon luchó por mantener la compostura bajo aquella mirada. Ni siquiera sabía porqué le había llamado. Bueno, en realidad lo sabía pero la idea le parecía tan descabellada que una parte de ella se negaba a formularla en palabras. Con las palabras todo cobra vida.

- ¿Hacia dónde se dirige?

- ¿Y a ti que te importa? Creo que ya he hecho bastante por ti. Vuelve a tu casa o a donde sea que perteneces y no salgas de allí. Créeme, es lo mejor que puedes hacer. No sé quien sería el alma de poco juicio que te dejó salir sola de casa pero te hizo un flaco favor.

Shannon se sintió levemente irritada. Una cosa era tener poca confianza en sí misma y otra distinta que un desconocido se lo dijese a la cara con tanta frescura.

- Yo me dirijo a Urz.

- Mal destino. Es una ciudad grande repleta de ladrones y sinvergüenzas, empezando por el duque. No durarás ni el tiempo que tarda en caer una moneda al suelo.

- Bien, entonces veréis razonable que os ofrezca un empleo- dijo las palabras de carrerilla. Ahora no podía detenerse, tenía que terminar la frase antes de arrepentirse- como guardaespaldas.

Ishmael no pudo evitar que la incredulidad se plasmase en su rostro. La miró asombrado, buscando los indicios de locura en lo poco que dejaba a la vista la máscara de sus facciones. La mera idea de verse protegiendo algo le parecía tan inverosímil como la paz en territorio humano.

- Os pagaré bien- tuvo el descaro de añadir la mujer, mirándose las manos que tenía cruzadas sobre el regazo.

Ishmael permaneció callado, mirándola como si sus ojos pudiesen atravesar los pensamientos de aquella ratita melindrosa.

- ¿Cuánto?- dijo por fin, esgrimiendo la palabra como si se tratase de un arma punzante.

- Dos mil rins.

- Eso es mucho dinero- comentó, tras un silbido admirativo.

- Tengo que llegar cuanto antes-Shannon miró hacia otro lado con manifiesta incomodidad.

Ishmael entrecerró los ojos, dejando a la vista sólo una estrecha ranura de helado azul.

- Aclaremos algo. ¿Eres bruja?

Ella pareció saltar.

- ¿Es que no os interesa la suma?

- Si eres bruja no lo suficiente- respondió, con su voz grave rezumando desprecio.

- Tres mil rins y sin preguntas- Shannon parpadeó, asombrada consigo misma por su audacia. Apenas podía creerse que estuviera regateando con aquel hombre, poniendo su seguridad en sus manos. Pero su instinto había dado la voz de alarma y por una vez iba a dejarse llevar por él.

Ishmael le dio otra calada al cigarrillo. Era una oferta tentadora. Tres mil rins le permitirían vivir a cuerpo de rey durante más de un año.

- No creo que tengas ese dinero. Muéstramelo- la vio dudar, moviendo aquellos profundos ojos desasosegadamente- Si quisiera robarte ya lo habría hecho- añadió con una sonrisa irónica.

Shannon bajó la cabeza dubitativa y al fin pareció convencerse. Se puso en pie trabajosamente, apoyándose en su bastón, y se acercó a él con la bolsa. La abrió con dedos temblorosos y de un paquete rojo sacó el dinero.

- ¿Sólo tengo que acompañarte a Urz?

- Yo... Tengo que encontrar a un hombre. Creo que está allí.

- O sea que debo acompañarte hasta allí y esperar contigo hasta que le encuentres.

- Eso es.

Ishmael pudo entonces mirarla directamente a los ojos, ya que en esa ocasión no desvió la mirada. Parecía realmente interesada en encontrar a aquel tipo, lo bastante como para gastarse una fortuna con tal de llegar. Lo sopesó de nuevo. Por un lado tenía aquel tentador montón de dinero y las comodidades que este podía ofrecer y por el otro aquel bastón. Pero si realmente era una bruja, ¿por qué no había empleado la magia? Hubiera podido morir si él no hubiese intervenido.

Echó el humo lentamente, tiró la colilla y la aplastó concienzudamente con el tacón de la bota. La opción era seguir vagabundeando por ahí, buscando la manera de llenar el estómago día tras día y sin saber cuándo volvería a aposentar los huesos en una buena cama.

- ¿Trato hecho?- dijo la mujer con aquella voz perturbadora.

¿Y por qué no? A fin de cuentas Urz era una ciudad mercantil, llena de ladrones pero de lo más civilizado que podía encontrarse uno en Umrund. Una ciudad de ricos comodones y pobres ingeniosos.

- Está bien- alargó la mano. Ella respingó cuando le rozó la mano enguantada con la suya sucia de sangre, pero tuvo que admitirle la entereza cuando sus ojos siguieron fijos en los suyos- Hasta que te deje con ese hombre.

- Yo... - Shannon respiró de alivio, con el corazón latiendo acelerado en su pecho como un pájaro enjaulado. Sentía una curiosa mezcla de incertidumbre y euforia- Me llamo Shannon.

Él la miró con una expresión sarcástica en su atezado rostro. Se volvió, recogió una bolsa que estaba arrojada a un lado junto a unos arbustos y echó a andar.

- Será mejor que nos pongamos en camino- le dijo por encima del hombro- Cuanto antes encuentres a ese tipo, antes cobraré yo.

Nabluck prestó atención a los sonidos del bosque. Las ramas de los árboles se agitaban suavemente impulsadas por una ligera brisa, los animales nocturnos se dedicaban a matar y morir más allá de la barrera de piedras en la que se refugiaban. Se concentró en la armonía del viento, en el cálido beso de la tierra... y frunció el ceño cuando un pesado cuerpo tropezó y cayó al suelo.

- Lo ha vuelto a hacer- gruñó.

La joven se rió con suavidad.

- No seas tan exigente Nabluck. Es su primera misión.

Él masculló algo entre dientes, antes de bajar la mirada hacia las runas que había dibujado en la piedra.

- No debería haber venido. Es la segunda vez que rompe el círculo.

Ella se puso en pie y rodeó la hoguera, hasta sentarse junto a él.

- Apenas es un niño y está entusiasmado por la confianza que le hemos dado- se acurrucó contra él y le tiró juguetonamente de un rizo rubio- Sé que te cuesta recordar cómo se siente un niño pero...

Nabluck masculló algo para sí, con una sonrisa bailándole en la comisura de los labios, sintiendo el reconfortante peso de la cabeza de Odowan contra su hombro.

- Estamos en mitad de ninguna parte, en tierras humanas. No es el mejor momento para llevar a un crío torpe de excursión.

La mano pequeña y fuerte de Odowan sujetó la suya. Nabluck volvió la mirada hacia la muchacha, encontrándose con sus brillantes ojos castaños.

- Estás preocupado y tenso desde que emprendimos el viaje. No va a pasar nada.

Él volvió a mirar la estructura rúnica que había dibujado. La onda fluctuaba sobre la roca desnuda, aferrándose a los trazos rectos en una estructura armoniosa y defensiva.

- Mientras Wotin siga tropezando con mi barrera no estaré tranquilo.

Odowan se llevó la mano al colgante que pendía de su cuello. La gema de cuarzo tallada en forma de pájaro relucía contra su piel nacarada, sujeta por un cordón de cuero trenzado.

- Las gemas están frías, Nabluck.

- Las gemas no son tan fiables como las campanas- alzó los ojos, con la frente fruncida de preocupación, y relajó su expresión de inmediato al ver la inquietud en su rostro- Sé que piensas que exagero...

- Exageras Nabluck. Los demonios no se van a abalanzar sobre nosotros sólo por pisar territorio humano.

- Tan cerca de la Academia de Magia...- masculló él.

- ¡Y demos gracias por fin! Después de dos semanas de marcha ya era hora de llegar- la joven le miró con un mohín huraño en los labios- Estás preocupado y te entiendo. Pero a ella tampoco le va a pasar nada.

Él apartó la mirada precipitadamente, rezongando por lo bajo. Si ella se hubiera quedado dónde debía, entre los suyos, no tendría que estar ahora perdido en terreno agreste y hostil, arriesgándose a atraer una atención no deseada. ¿Qué necesidad tenía de acudir a la Academia de Magia para aprender los sucios trucos de los humanos?

- Comprendo que vuestra relación es fuerte, Nabluck, pero...

- Es mi hermana, mi familia- el joven enano apretó los labios en un gesto terco- Es muy importante para mí, como lo es el resto del pueblo enano, Odowan.

La muchacha le contempló durante un instante con desafío en los grandes ojos castaños, para luego asentir.

- Los chamanes quieren verla. Lo han visto en el fuego y saben que Shannon debe volver con el pueblo- añadió con voz más suave Nabluck.

Odowan hizo un tímido gesto con las manos, en señal de aquiescencia. Luego se apretó más contra él, buscando consuelo. Nabluck la estrechó tiernamente contra su costado, suspirando contra la masa oscura de su cabello.

- No va a haber ningún problema, cariño. Llegaremos a esa maldita academia, nos llevaremos a Shannon y volveremos a casa antes de las primeras nieves en Wakonda.

La muchacha extendió una mano y rozó sutilmente la runas en la piedra.

- Si los chamanes están en lo cierto... Tengo miedo, Nabluck.

Él cerró un momento los ojos.

- Yo también. Pero saldremos de esta.

Permanecieron en silencio abrazados frente a la hoguera, mientras el resto de los Kriegar se

dedicaba a revisar sus armas y charlar amigablemente. Odowan respiraba suavemente con la cabeza recostada contra su hombro, la mano jugueteando con el pájaro de cuarzo.

Nabluck clavó la mirada en el fuego, siguiendo los movimientos de las llamas hasta que sus sentidos se fundieron con ellas. Las lenguas ardientes se agitaban en una danza continua de colores cambiantes, el rojo entrelazado con el azul puro, ambos mezclándose con el brillante anaranjado de la madera al arder. Su visión cambió, podía ver el fuego corriendo por sus venas, dibujando una constelación de centellas apresuradas bajo la suave piel de Odowan, tenues chispas de color miel en la hierba que les rodeaba, arroyos pausados en los troncos de los árboles y el latido rítmico y constante en la roca... Todo era fuego a su alrededor, todo lo que se movía estaba marcado por el fuego y él era consciente de ello, en comunión con la magia.

Otra caída acompañada de un agudo grito de dolor. La unión se desvaneció como por ensalmo, dejando al mago durante unos segundos totalmente desorientado y en suspenso. Luego parpadeó y volvió a ver el mundo a través de unos ojos no velados por la magia. El círculo se había roto... otra vez.

-¡Así los demonios le arranquen las entrañas!- vociferó, apretando el puño con fuerza.

Odowan se rió, le dio un rápido beso en los labios y se puso en pie.

- Voy a relevar a Wotin en su guardia antes de que lo calcines con algún hechizo.

Mientras él refunfuñaba, la muchacha se dirigió a la periferia del campamento, cargando con sus dagas y su lanza. Nabluck la siguió con la mirada, hasta que se perdió en las sombras, arrugando el ceño en un gesto que aunaba la irritación y la inquietud. Oyó el leve murmullo de una conversación, y luego el lento arrastrar de pies de Wotin.

Se preguntó si alguna vez él había sido así de torpe y desmañado. El muy maldito ya había celebrado su ceremonia del fuego, no debería aferrarse a esa actitud de adolescente resentido. Era un adulto con responsabilidades y era uno de los Kriegar, su formación estaba encaminada a la protección de su pueblo.

Alzó los ojos hacia el cielo nocturno. Las estrellas brillaban en el firmamento, puntos luminosos que parpadeaban débilmente, frías y ajenas a todo sentimiento. Algunos pueblos humanos las veneraban, pero a Nabluck le parecían tan estériles como sus esfuerzos por mantener la paz entre sus distintos territorios. Más allá de la línea de los árboles, se alzaba la luna, un delgado gajo plateado en plena fase menguante.

Contempló el satélite con expresión meditabunda. Entre los suyos se contaba una antigua leyenda, una alegoría que pretendía transmitir esperanza ante los malos tiempos. La luna representaba la bondad de las tres razas, su capacidad de resistencia frente a la peste demoníaca. A medida que su superficie brillante desaparecía, los niños enanos se acurrucaban asustados ante la idea de que el gran lobo negro de los demonios devoraba bocado a bocado su carne celeste, hasta hacerla desaparecer. Durante esos días de luna nueva tenía lugar una silenciosa batalla en los oscuros cielos... hasta que el astro volvía a relucir. Mes tras mes, año tras año a lo largo de las eras de la existencia en Umrund, la luna renacía para mostrar que había esperanzas en la lucha. Ahora, al mirar el delgado hilo de plata, Nabluck se preguntó durante un instante si no se estarían acercando al momento en el que el lobo alcanzaría a devorarla del todo y nunca volverían a verla.

En tiempos, cuando se levantaron los primeros pilares de piedra de la Academia, ésta estaba rodeada por un frondoso bosque de hayas y robles. Con el paso de los siglos y sucesivas generaciones de estudiantes humanos aplicados a aprender distintos tipos de hechizos, conocimientos adquiridos en su mayoría de elfos y enanos, el bosque había ido retrocediendo, dejando tras él una pradera de suave hierba y afloramientos de roca desnuda. Las puertas de la Academia se abrían en un muro de mármol, blanca roca moldeada con magia por manos humanas. Era la forma en la que aquellos desagradecidos habían demostrado que no necesitaban a sus antiguos mentores para dar forma a su escuela.

Nabluck nunca había estado en la Academia, apenas sí había pisado tierras humanas en su vida. No le gustaban los humanos y creía que eran una plaga sin la que las razas Longevas vivirían mucho mejor. Su padre, Jubluck, había sido el mago más grande que había dado su pueblo y había tomado varios discípulos humanos, para disgusto de su hijo adolescente. Jubluck defendió hasta su muerte la idea de que sólo con la unión de las tres razas podría vencerse a los demonios.

No había pájaros, salvo algunos cuervos que graznaban furiosamente en la lejanía, ni siquiera se oían los tenues ruidos de vida habituales en la foresta. Aquello no era ni mucho menos normal, por más que los animales tendiesen a dejar despejadas las tierras cercanas a grandes emanaciones de magia. Los enanos se miraron inquietos. Odowan, que iba delante como exploradora, hizo un gesto, pidiéndoles que se detuvieran y se internó agilmente entre la vegetación, con su lanza empuñada con firmeza en la mano.

Nabluck murmuró entre dientes una maldición, mientras resistía la tentación de llevarse la mano al colgante de cuarzo en su cuello. Pero no podía hacer eso. Él era quien tenía instrucción mágica en esa partida, no podía alarmar innecesariamente a sus compañeros. No todavía.

Odowan reapareció de repente con el rostro lívido. Buscó sus ojos y, cuando sus miradas se encontraron, Nabluck pudo leer el horror y el miedo. El jefe de la expedición alzó su hacha de combate en un mudo gesto que todos reconocieron y se pusieron en camino, avanzando tan sigilosamente entre la vegetación que nadie diría que se trataba de veinte enanos armados hasta los dientes. Nabluck, además, mantenía su mente abierta y presta para formular hechizos.

Atravesaron la pradera en pocos minutos. Nadie dijo nada cuando el cuarzo empezó a caldearse debilmente sobre la piel, ni siquiera el torpe Wotin que de pronto parecía haberle encontrado el truco a sus pies. Los cuervos seguían gritando su descontento y sus peleas, cada vez más cerca, y pronto el olor a sangre pudriéndose al sol les asaltó. Las puertas, grandes portonas fabricadas en el mejor metal forjado de Umrund, se balanceaban sobre sus goznes, con un ruido chirriante. Los gruesos muros estaban reventados en varios puntos, grandes boquetes de roca fundida que dejaban ver el interior arrasado de lo que una vez fue un amplio patio con avenidas de árboles y varios edificios donde los estudiantes dormían, comían y estudiaban.

Penetraron en el recinto con suma cautela, mirando espantados los cuerpos mutilados que se descomponían al sol. Algunos estaban calcinados hasta lo irreconocible, meros amasijos de carne carbonizada que mantenían todavía un remedo de forma humana. A otros los habían destripado, con las entrañas expuestas al frío aire, las gargantas rajadas de oreja a oreja. La sangre empapaba las túnicas, oscureciendo los distintos colores que representaban el grado alcanzado en los estudios.

Nabluck abandonó la protección que ofrecían los cascos para caminar como en trance hacia el centro del patio. Oyó tras él a alguien gritando una advertencia pero hizo caso omiso. No había peligro, las gemas seguían calientes como reacción a la magia demoníaca que se había llevado a cabo allí, pero los demonios ya se habían ido. Podía sentirlo.

Miro con el rostro demudado el cadáver de un joven novicio. Los bordes desgarrados de la garganta hablaban a las claras del arma utilizada, cuchillos de hoja dentada que había visto innumerables veces en grabados y dibujos. La espada que había pendido sobre sus cabezas durante innumerables generaciones había caído al fin. Los demonios habían acudido a recoger su cosecha.

El muchacho había muerto con los ojos abiertos, las pupilas dilatadas y convertidas en cristales opacos. Se preguntó durante un fugaz momento si había sido consciente del “privilegio” que había supuesto su ejecución. Sacrificado, desechado porque su magia era demasiado débil para mantener a su parásito demoníaco, liberado de esa servidumbre infernal de ser meramente el cascarón que daba forma. Pero Shannon...

- Nabluck...

- Buscadla, hay que buscarla – se volvió hacia el resto de Kriegar, que avanzaban vacilantes entre los cadáveres- Buscad el cuerpo. ¡Tiene que estar aquí!

Los ojos de Odowan buscaron los suyos. Nabluck pudo ver en ellos lástima y una oscura certeza de la total inutilidad de esa búsqueda, pero no podía pensar en la otra opción, no todavía, no sin tener pruebas.

- ¡Buscadla!

No esperó a comprobar si su orden era obedecida. Empezó a vagar de un cuerpo a otro, dándoles la vuelta cuando no podía verles el rostro, ignorando las terribles mutilaciones en su búsqueda de unos rasgos conocidos. La angustia le mordió el pecho, a sabiendas de que nunca se hubiera imaginado deseando la muerte de Shannon. Pero prefería mil veces amortajar sus restos mutilados y llorar por ella que verse obligado a dar muerte a su cuerpo con el fin de deshacerse del espíritu demoníaco que la había poseído.

-¡Aquí hay uno vivo!

La urgencia y la esperanza le dieron alas. Se abrió paso a la carrera entre los árboles tronchados y los socavones del suelo hacia la edificación abierta que se encontraba al otro lado del patio. Era la Cámara del Espejo, con sus bellas columnas semejantes a árboles vivos ennegrecidas por el humo y salpicadas de sangre. Si en algún momento hubo opciones para defenderse o pedir ayuda sería allí, donde la magia del viento permitía comunicarse con otros magos.

Wotin sostenía la cantimplora de agua contra los labios resquebrajados del herido. Nabluck reprimió su desilusión. Durante un largo momento de insensatez había albergado la esperanza de que se tratase de su hermana, refugiada contra todo pronóstico en la cámara. Pero era un varón de mediana edad, vestido con una túnica azul que indicaba su grado de maestro.

- Se está muriendo...- la voz de Wotin sonó ronca por las lágrimas que bailaban en sus ojos. Bajo su primera pelusa de barba, de la que estaba tan orgulloso, su piel presentaba un tono cerúleo- No creo que...

Nabluck hizo un gesto seco con la mano, para que se callase. Se arrodilló junto a ellos y trató de llamar la atención del herido. Una mirada al puñal que tenía clavado en el vientre bastó para darse cuenta de que no había nada que hacer por él.

- *Merileh*, ya se han ido- utilizó la fórmula de cortesía entre magos, esperando que en su agonía pudiera reconocerla y conseguir algo de lucidez- Soy Nabluck, de los Kriegar.

El humano parpadeó aturdido durante unos segundos y luego se aferró a su mano con una fuerza sorprendente en un cuerpo casi muerto. Intentó incorporarse entre los brazos de Wotin, pero sólo consiguió que un nuevo flujo de sangre fluyera de la herida.

- Nabl... Nabluck... *Merileh*, nos han atacado, vendrán más... ellos...

- *Merileh*... Mi hermana, ¿sabes qué ha sido de mi hermana?

El mago tomó aire con un sonido sibilante, mientras sus acuosos ojos intentaban reconocer a su interlocutor.

- Shannon... ¿Dónde está Shannon?- preguntó con urgencia- ¿Ha caído?

- Ella... ella se fue... a buscar... el bastón... Se fue... antes...

Nabluck soltó aire con un suspiro de tembloroso alivio. Ella seguía viva, perdida en las tierras de los humanos pero aún viva.

- ¿Dónde? ¿A dónde fue?

El humano crispó los rasgos en una mueca de intenso sufrimiento. Sus dedos se engarfiaron sobre la tela recia de la túnica, mientras una insensata luz de horror daba vitalidad por un segundo a sus ojos vidriosos.

- Cientos... Los demonios... La ciudad, van a atacar la ciu...

Las palabras murieron en su boca, expelidas con su último aliento. Wotin reprimió un sollozo y luego depositó con suavidad el cuerpo del mago en el suelo, cerrando piadosamente su mirada de ojos fijos. El silencio se hizo en la pequeña cámara, llena a rebosar por los Kriegar, salvo por el susurro de la brisa entre las columnas.

- No hay más supervivientes- el jefe de la expedición torció el gesto, al reparar en lo absurdo de esa palabra- Nada podemos hacer ya aquí.

Nabluck estiró la mano y arrancó el puñal del vientre del mago. Estaba sucio de sangre coagulada, pero se podían distinguir las runas grabadas en la hoja. Un arma enana para procurar la muerte, librando al cuerpo de la posesión. Él mismo le había regalado a Shannon el que poseía, cuando ella decidió acudir a la Academia.

- Habrá que volver a Grêbian e informar al pueblo- comentó alguien.

El mago se incorporó y miró a sus compañeros. Odowan estaba tras él, la preocupación velándole los ojos y los labios tensos.

- Tengo que encontrar a Shannon.

Todos le miraron. Nabluck apretó con fuerza la empuñadura de la daga en la mano.

-Hay que informar al pueblo- volvió a decir el jefe, con su ronca voz dura y precisa.

- No me necesitáis para eso. Yo partiré en busca de Shannon. Los chamanes quieren verla y sola corre peligro.

- Dos magos sólo constituyen un plato más sabroso que devorar- afirmó Odowan con voz tensa- Tú no vas a encontrarla y sólo te harás más vulnerable.

- Ella es mi hermana, es mi deber. Y no arriesgaré la vida de nadie más del pueblo.

Todos callaron. Nabluck era consciente del compromiso que acababa de adquirir, pero también de que no podía hacer otra cosa. Miró con pesar y remordimientos a Odowan. Era bella, una hermosa doncella guerrera con su rostro de alabastro, los ojos dorados como el ámbar y la larga y negra cabellera. Había sido un milagro que ella le amase y él siempre se había sabido bendecido por ello. Juntos habían confiado en resistir a los malos tiempos, fundar una familia que caminase sobre la torturada Umrund al igual que sus antepasados, luchando y viviendo pese a todo. Los lazos establecidos entre los Kriegar les habían unido aún más, dos cuerpos y una voluntad, siempre juntos.

Pero no en eso. Por encima del amor y del compromiso adquirido en medio de la tierra y el fuego estaba la sangre. Shannon era su familia, puesta bajo su custodia por su padre, hermanados en la magia ya que no en la sangre, y no podía ignorarlo. Los chamanes le encargaron llevarla de vuelta a su tierra y eso haría. Era su responsabilidad, su deber, su necesidad para calmar su inquietud y su preocupación por su suerte.

- Partiré solo y la encontraré- sus ojos suplicaron comprensión durante un instante a una dolida Odowan.

El guerrero que lideraba la expedición sopesó su decisión durante un largo instante. Aunque todos los Kriegar tenían instrucción mágica, Nabluck era realmente el único mago del grupo y era peligroso volverse atrás sin él. Pero también era el único capaz de seguirle los pasos a su hermana. En cualquier caso, sus premisas esas claras. Su deber era no arriesgar la vida de sus guerreros inútilmente.

- Está bien. Informaremos al pueblo y a los chamanes de lo ocurrido y de tu misión.

Odowan apretó los labios, la mano cerrada en un tenso puño a lo largo del cuerpo. Había dolor y resentimiento en su expresión, pero también una terca resolución. No diría más, no suplicaría y Nabluck supo que pagaría más adelante por aquello, por relegarla a ella y su amor, una vez más, por aquella "hermana" suya de sangre humana.

- Irás en nombre de la roca, en nombre de la llama, en nombre de la sangre- la voz de la muchacha era pura, pese a todo, como la fría agua de las montañas o el fresco viento del amanecer- *Erack zhin nabur*. La sangre te llama.

Nabluck cerró los ojos, aceptando no sin arrepentimiento la fórmula ritual de búsqueda de sus labios. En su mente vio a Shannon, pelo negro, ojos azules y el oscuro cuero de la máscara contra la piel blanca. Ella caminaba aún y él la encontraría. *Erack zhin nabur*.